

La rama  
en busca  
de  
raíz



Apología del alma ascendente

Andrés González Duperly



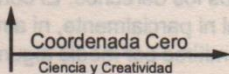
**Andrés González Duperly**



# **LA RAMA EN BUSCA DE RAÍZ**

**APOLOGÍA DEL ALMA ASCENDENTE**

**PRIMERA EDICIÓN**



IMPRESO EN COLOMBIA

Andrés González Duperly

© Andrés González Duperly, 2003  
© 2002. Editorial La Serpiente Emplumada E.U.  
Colección Coordinada Cero  
Calle 10 No. 3 -17  
Teléfono: 286 0706 Telefax: 284 6207  
Bogotá D.C. - Colombia  
Correos electrónicos:  
edserpientemplumada@yahoo.com  
bogotá@serpientemplumada.com  
www.serpientemplumada.com

Primera edición abril 2003

ISBN: 958-97130-4-1

Portada:

Dibujo en lápiz de Andrés González Samper

Diseño de la portada: AMF/AGD

Escaneos y artes electrónicos: PC/P.Neira y GRG/G.Rozo

Diagramación y formatos finales del texto: AGD.

Preparación editorial

La Serpiente Emplumada

Impresión:

Opciones Gráficas Editores Ltda.

Reservados todos los derechos. El contenido de este libro no podrá ser reproducido total ni parcialmente, ni almacenarse en sistemas de reproducción, ni transmitirse por medio alguno sin el permiso previo, por escrito, del editor.

IMPRESO EN COLOMBIA



## ÍNDICE FIGURATIVO

PRÓLOGO .....	I
PRESENTACIÓN .....	1
CAPÍTULO I: ARANDO .....	11
CAPÍTULO II: ABONANDO .....	21
CAPÍTULO III: SEMBRANDO .....	51
CAPÍTULO IV: DESHIERBANDO .....	69
CAPÍTULO V: GERMINANDO .....	93
CAPÍTULO VI: COSECHANDO .....	115
CONCLUSIÓN .....	125



*En homenaje al alma ascendente de mi noble  
hijo Andrés Guillermo,  
por el privilegio de conocerlo desde las  
profundas raíces espirituales  
que nos unen.*

*A mis hijas Sandrá Michelle  
y Liliana María,  
de quienes me siento orgulloso  
y amo con toda mi alma*

*A la madre de mi hijo Andrés:  
Mary Elizabeth Samper,  
partícipe de un mismo dolor profundo.*

*A Rana Jones, por haber amado a mi hijo  
durante tantos años.*





## Prólogo

*La única verdad ineludible en la vida, a la cual no podemos ni podremos escapar es la de la muerte. Este hecho, sobre el cual escasamente reflexionamos y para el cual no estamos preparados, nos sorprende y nos toca de una manera definitiva cuando le sucede a uno de nuestros seres queridos y nos cuesta trabajo aceptarlo, ni siquiera comprenderlo. Cuando la muerte nos toca en lo más profundo de nuestro ser, cuando un hijo se nos muere, la sensación de impotencia, de injusticia, de rebeldía nos invade y nos impide ser racionales. Nuestra rebeldía llega hasta límites insospechados, al punto que peleamos con Dios por "lo que nos ha hecho" o ha permitido que pasara. Al fin y al cabo, la muerte de un hijo es lo mas antinatural que puede suceder ya que se presupone que ellos deben sobrevivirnos y llevar nuestro legado después de que nosotros desaparezcamos.*

*La muerte de un hijo causa estupor, rabia, no nos permite reflexionar ni comprender cómo estas cosas nos pasan a nosotros. Nuestro sentido de la culpa se dispara a niveles extremos y tratamos de darnos explicaciones donde no existen. Nuestra alma queda irreparablemente sola y es difícil volver a coger el hilo de la existencia, volver a "ser nosotros mismos" y tomar las riendas de nuestro existir. Cuando la muerte del hijo sucede por suicidio, cuando nuestro ser querido, lo maspreciado para nosotros, decide quitarse la vida por sus propias manos, nos cuestionamos hasta lo mas profundo de nuestro ser. Los fundamentos de nuestra vida se cuestionan al perder parte de nosotros, al ver que una rama de nuestro existir, desaparece.*

*Nosotros, los padres que hemos perdido hijos, tenemos que hacer un duelo bien hecho, tenemos que dejar*

*el miedo sobre el cual cobardemente nos escudamos y enfrentarnos a nosotros mismos para buscar la elevación espiritual de nuestra existencia. Pero esto no es nada fácil. No tenemos las herramientas ni la razón suficiente para hacerlo y en muchas oportunidades, caemos en la desesperanza destruyendo nuestra vida y la de los que nos rodean.*

*Andrés González Duperly nos enseña, a través de este maravilloso libro, que se necesita valor, coraje, entereza y amor, pero sobre todo, sólidas dosis de fe para seguir viviendo, sintiendo a nuestros hijos siempre presentes, sin olvidarlos y buscando que los buenos recuerdos que nos dejaron, en el corto tiempo que Dios nos los regaló, prevalezcan sobre la búsqueda de explicaciones inexistentes o de disculpas triviales.*

*Se necesita poder de dominio personal para buscar la excelencia, para que nuestra alma ascienda hacia alturas insospechadas, como lo hace Andrés en este bello documento en el que acepta, aunque no comparte, la decisión que tomó su hijo Andrés Guillermo de quitarse la vida de una manera "egoísta", sin medir el dolor que trascendería a sus padres.*

*Andrés, como él mismo lo describe, se "hurga" con serenidad y paciencia en busca de reflexiones que le permitan crecer espiritualmente en la vida, sin esperar respuestas asertivas. Con la ambivalencia propia de las grandes tragedias, se debate entre la nostalgia, el orgullo de padre, el dolor y su creencia religiosa que le dio su formación. Andrés demuestra ante todo, una búsqueda de fe que le permita el ascenso, al cual, solo las grandes almas, pueden alcanzar.*

*Este libro será, sin duda alguna, una invaluable ayuda para aquellas personas que hemos perdido hijos y*



para todas aquellas que han perdido un ser querido a través del suicidio. Quizás, la palabra "perdido" no es la más conveniente como así lo señala Andrés, ya que ellos, al morir, han pasado a otra existencia, en la cual, y de acuerdo a nuestras creencias religiosas cristianas, estarán en otro estado más perfecto al cual llegaremos algún día todos nosotros.

La razón de Andrés para escribir este libro es la esperanza de quedar mejor al terminarlo, que al comenzar. Andrés ha tenido valor para buscarle interpretaciones a la carta de despedida que les dejó el hijo al tomar su decisión firme y calculada. A través de estas líneas, nos ofrece tablas de salvación, argumentos que nos permiten, a quienes hemos perdido hijos, en cierta manera aceptar los hechos, aunque no los comprendamos.

"El tiempo lo cura todo" dicen quienes tratan de reconfortarnos, lo cual nosotros, al igual que Andrés, sabemos que no es cierto, pero el tiempo sí nos permite, armados de fe, reflexionar sobre nuestra propia tragedia en busca de la excelencia y en el crecimiento espiritual.

Me siento profundamente agradecido de que Andrés me haya permitido leer este manuscrito para comentarlo a modo de prólogo. Espero que a quienes lo lean, las reflexiones filosóficas, teológicas y religiosas que nos ofrece, les cause el mismo efecto benéfico que yo he recibido.

En este libro he aprendido más sobre el duelo que lo que he podido alcanzar en los varios años desde que murió mi hija, en una absurda tragedia, como es siempre la muerte de nuestros hijos. Gracias Andrés; que Dios le conceda el valor de seguir reflexionando, que le conceda, a usted y sus hijas, seguir buscando la raíz que los alimente y les permita, ser siempre mejores.

Gracias Andrés por la generosidad de compartir estos duros momentos de reflexión con todos nosotros. Gracias por compartir este escrito lleno de amor. Gracias, en fin, por buscar ser un ser ascendente que trascienda sobre los que lo rodean.

**Fabio Tobón Londoño**

**Abril, 2003**



## Presentación

(De los deseos y las necesidades)

No sé por dónde comenzar a hurgarme.

Estoy consciente de innumerables lucubraciones arrojadas por sentimientos encontrados, los que se me salen por los poros; intuyo que requiero reflexionar con serenidad y paciencia; quizá el medio escrito será instrumento idóneo para aclararme mejor.

*Pre-siento* que será un desafío esclarecer determinados interrogantes por la naturaleza y la amplitud del discurso. Este podrá ser confuso ante los procesos de subjetivación y de objetivación, los que desde hace un tiempo, me perturban<sup>1</sup>.

No deseo identificar y formular objetivos, o bien, delimitar la expresión de lo que pienso y siento; en esta oportunidad considero rígido desarrollar un esquema estructurado; busco la espontaneidad para dar rienda suelta a la intuición.

El sentir es marginal al conocimiento; es más la expresión de un conocimiento nublado. Tal impulso me nace del *presentimiento*, y, en cierto modo, de la aspiración que me exige propender hacia la

---

<sup>1</sup> Los procesos de objetivación y subjetivación hacen que “el sujeto pueda *llegar a ser*, en tanto que, el sujeto, *objeto de conocimiento*—en los juegos de verdad se [auto] plantean como *objeto* de un saber posible” (Foucault, Michel: *Estética, ética y hermenéutica*, Obras Esenciales Vol. III, Paidós, Barcelona, 1999).

espontaneidad, inclinación de un conjunto de movimientos adscritos al deseo que preexiste, porque quiero aflorar del interior una energía que requiere de palabras, imágenes del propio sentimiento.<sup>2</sup>

Hace más de dos décadas aprendí que la verdad (sentida) no requiere explicación; que simplemente es en el silencio y en las imágenes que se presentan ante nuestra realidad, a partir de las percepciones y las sensaciones.

Este escrito se fundirá con la película de la memoria y sentimientos que poseo de mi hijo Andrés; hoy los registro, sin tiempo, en la tristeza dulce de su recuerdo—colmado de imágenes difusas, que aparecen y se desvanecen—y en los interrogantes que sobresaltan mis variables estados de ánimo.

Al dar inicio, no sabría si lo que entiendo por reflexiones tomarán la altura que deseo, en el intento de descifrarme un poco más. Tampoco estoy seguro cómo, o en qué, terminará este paisaje de tantos verdes y grises oscuros. Las temáticas por tratar son complejas y claman *desaprendizaje*, construcción, consultas y síntesis.

Deseo que este esfuerzo responda con

---

<sup>2</sup> El sentimiento se refiere a una vibración de la totalidad personal, resonancia de la unidad completa, corporal y espiritual, que define mi humanidad (ref. Pascal, Blaise; *Pensamientos*, quien se opone a la estrecha visión racionalista de Descartes—al pensamiento lógico-matemático racional— y se refiere a la lógica del corazón que reúne: intuición e instinto, sentimiento y delicadeza, con la participación del espíritu).



flexibilidad a mis sentimientos encontrados y se convierta en locomotora del tren de los irreversibles *aquí* y de los *ahora*. En la medida que redacto, deseo ser asertivo, decir mi verdad, así me equivoque; quizá tenga la suerte de llegar a un destino desconocido, con algún significado útil.

Aspiro a lograr una transformación, o mejor, una renovación de la persona que hoy soy, en el afán de entenderme mejor, en homenaje al espíritu de mi hijo y ante el privilegio de haberlo conocido; ante la deuda representada en mi conciencia, cuyo pago— libre de intereses—se abona a una «cuenta de ahorros conjunta», entre padre e hijo<sup>3</sup>.

Si su legado creativo en este mundo fue corto, el mío lo será menos cuando internalizo su creatividad, hoy transcendente. Interpreto sus idearios, su prosa y poemas, sus composiciones musicales y dibujos a mano alzada con los beneficios de dividendos espirituales.

Este barbecho de reflexiones será siembra para escarbar en las superficialidades, o en las profundidades de mi intelecto, del alma-conciencia y del sentimiento. Será un alivio despertar lo que dormido estuvo hace años, antes del 14 de febrero del 2001 y aflorar lo que continúa germinando, ya que

---

<sup>3</sup> La conciencia es el elemento de libertad de la experiencia del ser humano la que—entendida desde el referente bíblico—es el *corazón* en el que la «Voluntad de Dios está escrita» (Rom 2:15).

cobro mayor nivel de conciencia ante los sentimientos de impotencia, de quebranto, de angustia, perdido ante la fe, que siento en *desgracia*.<sup>4</sup>

Necesito clarificarme más y por ello recorro al subconsciente y a la intuición que me dice que necesito desahogarme.

Dudo si estas reflexiones tendrán un final, o una conclusión y la validez necesaria desde el referente interdisciplinario. Intuyo que haré varias aproximaciones a la filosofía y a la teología y ciencias conexas; estas ciencias serán necesarias para reafirmar y desaprender varios condicionamientos sociales y culturales que poseo; entre ellos, la religión que permea mi psiquis. No me sentiría bien si descarto la religión, ya que es parte de mi *mismidad*, es decir, de mi *ser*, en tres de las siete dimensiones humanas: el espíritu, la mente y la acción, frente a mi familia inmediata.

Mi vocación de educador ayudará y más la experiencia. La deuda de escribir es eterna; el desafío es alto, ya que lo suscita el suicidio de mi hijo Andrés.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> S. Kierkegaard se interesó por la «existencia»; es él quien acuña el concepto en el sentido de la existencia humana, e.d., del hombre individual y concreto en la totalidad de su experiencia personal, de su singularidad y autonomía, de su libertad y responsabilidad y que, a pesar de las vicisitudes que presenta la vida, en la fe se sabe abierto a Dios y liberado por Dios, único en el que el hombre puede encontrar el sentido de su existencia. Al igual que Pascal, (Op.cit.), esta visión del hombre está profundamente influenciada por la fe cristiana.



Semejante acto intencional quedará, como es obvio, sin explicación completa. El «por qué» Andrés incurrió en el acto no es, para nada, válido. Lo que es válido consiste en buscar respuestas con base en dos interrogantes claves—ambos parte de la misma moneda—: ¿para qué sirve su trágica muerte en función de mi actual y futura razón de ser?, o bien, ¿qué significado tiene la tragedia ante mi evolución espiritual, o fortalecimiento de mi carácter?

Es con el último cuestionamiento con el que comienzo estas introspecciones; y necesito decirlo de nuevo, sin pretensiones de llegar a certezas, sí de encontrar, por lo menos, algunas luces que sirvan para «templar el alma». Este camino, con tantas veredas, me imagino, traerá sorpresas. En ese sentido y en otros, me agrada ser sorprendido.

Al quedar estos pensamientos en el papel se establece un compromiso: de compartirlos con las personas que más valoro. La intención última y de

---

<sup>5</sup> El suicidio es la «autodestrucción intencional»—tres palabras que supuestamente lo definen—. Tal definición abre serios interrogantes cuando el sujeto suicida piensa: i) alcanzar una muerte sacrificada; ii) convertirse en mártir en circunstancias prevenibles; iii) incurrir en acciones que ponen la vida en peligro; iv) en la renuencia a considerar oportuno tratamiento médico; v) en la drogadicción y la sobredosis; vi) en motivos coercitivos para auto eliminarse, entre otros. Algunas definiciones de 'suicidio' han considerado los casos referidos arriba en ausencia del *intento suicida* al sólo considerar la anticipación de morir, o de una *aceptación tácita* ante el riesgo de muerte; tales disparadores abren espacios a polémicas si, por ejemplo, Sócrates o Sansón, entre tantos otros personajes, por ejemplo, incurrieron en suicidio (Beauchamp, Tom L., 'Suicide', *Matters of Life and Death*, 3era edición, Nueva York, 1993). En el caso de mi hijo, la intención y la minuciosa preparación con un alto nivel de conciencia de terminar su vida, es evidente.

fondo es que aporten a mi desarrollo personal (para aclararme) y simultáneamente al del lector. En particular, quizá, aquellas personas que también han sufrido la «pérdida» de un hijo o de una hija, por accidente, por enfermedad—o lo que puede ser igual, o más difícil de aceptar—por suicidio. Escribo pérdida entre comillas porque considero que en la mente no existe la muerte y el factor tiempo, desde el estadio cognoscitivo, y en el asiento espiritual, tampoco.

Desde el referente actual, nuestro ser querido continua siendo el ser que fue y quien quedó grabado en la memoria; eso es ganancia sutil y robusta en el fuero emocional; su imagen, como el sol en el poniente, es luz en mi memoria y en ese ocaso—tan cercano y tan distante—el resplandor de su carácter, de su alma, me ilumina con su energía: más allá de los recuerdos físicos *almacenados*. Infiero que en la memoria a corto, mediano o largo plazo, los recuerdos físicos son, en esencia, secundarios a su razón de ser; así me encuentre aislado, impotente, humilde, pero altamente consciente de la línea frágil y misteriosa que separa la muerte de la «verdadera» vida, o la vida de la muerte, como se opte por imaginarla.

Admito que estas reflexiones nacen también, por no encontrar en la literatura revisada, escritos que hablen mi idioma, y satisfagan las dudas, ante el vacío de la voluntaria desaparición de Andrés.

Este desafío obliga a clarificar ideas y



sentimientos, a dar rienda suelta a la palabra en un lenguaje sencillo, para llegar a algún destino donde ilumine el sol, para gozar de la claridad del cielo y abrazar, aunque sea temporalmente, un estado mayor de tranquilidad.

En cuanto al lenguaje, quizá es más fácil mantener la conciencia limpia, que escribir una frase transparente y comprensible, al aventurar en una singular exposición de mi realidad interna, siendo el lenguaje que poseo con el que me pienso, siento y entiendo. Pongo mi empeño en hurgar la conciencia y en escribir con la mayor claridad posible; soy el primer lector de lo expresado y como a la conciencia la rige la intención—la esencia de toda comunicación—deseo ser asertivo.<sup>6</sup>

Por asertividad entiendo la capacidad interactiva (en esta oportunidad, por medio del lenguaje escrito) basada en pensamientos proactivos que enfatiza dimensiones personales; se utilizan expresiones que permiten la coherencia interna con base en lo que es verdad y equitativo y pone de manifiesto deseos, deberes y derechos *propios*, evitando la culpabilidad o la ansiedad. Con tal actitud

---

<sup>6</sup> Todo comportamiento humano es específicamente comunicativo y nuestro mundo es un mundo transmitido y expuesto por el lenguaje; así, la comunicación, que es actividad refleja y la simbolización, que es intencional, son propias de la motórica y percepción humanas, las cuales aparecen como actividad lingüística. El lenguaje no sólo consiste en la designación posterior de unos contenidos que se conocen con anterioridad; más primordial aún, es el hecho de que nos proporciona y transmite unos contenidos, abriéndonos acceso al conocimiento y una mejor comprensión de la realidad.

se evitan o se minimizan los juicios al comunicar ideas, intereses, expectativas, necesidades y sentimientos de manera clara y concisa<sup>7</sup>.

Con la intención clara, la conciencia está conforme ante el espejo de la moral social, la que por lo general, en nuestro medio, «castiga» psicológicamente a la familia del suicida y espiritualmente «condena» al sujeto por medio de los referentes morales.

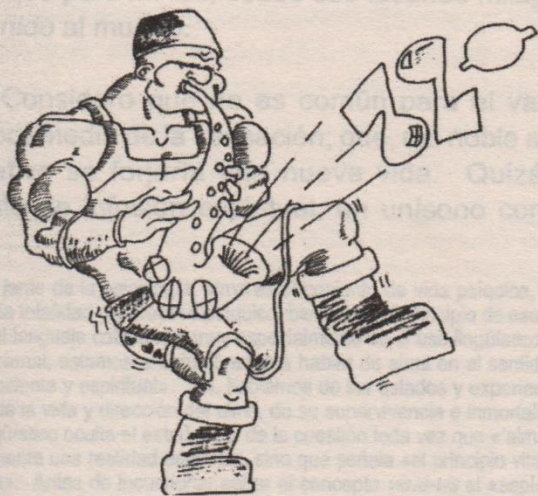
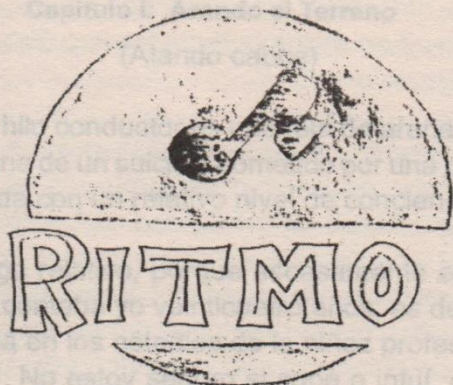
Escribo, entonces, estas líneas con la esperanza de quedar mejor de lo que comencé.

Desde ya comienzo a sentirme un poco más tranquilo.

---

<sup>7</sup> El tema de la asertividad ha sido un desafío constante en ámbitos donde permea la incoherencia o la vaguedad; he canalizado profesionalmente la disciplina en afán de traducir el enfoque a procesos dinámicos mediante servicios de formación, al evidenciar, en las empresas o individuos, generalizada ausencia de coherencia entre lo que se piensa, se dice y se hace, que debilita la cultura, el clima organizacional o la efectividad comunicativa de los profesionales. A los efectos de este escrito, Andrés, en su proceso para cometer el acto suicida fue asertivo (coherente) y así, en la comunicación consigo mismo desde lo que deja entrever en su escrito final. Desde mi referente, se equivocó asertivamente al seleccionar la peor alternativa: morir.





Dibujo (Rítmos) a mano alzada de Andrés tomada de su "bitácora" sobre el tema "Estructuras", 3er. semestre de Diseño Industrial, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá. 1995. Son más de 50 dibujos a color sobre el tema, elucidando la tarea.



## Capítulo I: Arando el Terreno

(Atando cabos)

El hilo conductor es una tela de araña, sujeta a la columna de un suicidio cometido por una persona engendrada con un relativo nivel de conciencia.

Digo relativo, porque escasamente en el rol de padre, contaba yo veinticuatro años, es decir, me encontraba en los estadios de la niñez profesional y del alma.<sup>8</sup> No estoy seguro si supe o intuí, que del deleite espiritual, físico y fugaz—en completa entrega y fusión de los cuerpos y, en particular, de dos ánimas—en noble lecho matrimonial, engendramos un hijo, que para mí fue, desde ese fecundo milagro, *bien venido* al mundo.

Considero que no es común para el varón saber, por medio de la sensación, que, del noble acto procreativo se forjaría una nueva vida. Quizá el momento de infusión espiritual, en unísono con la

---

<sup>8</sup> Desde la lente de la psicología, alma es el conjunto de vida psíquica, e.d., bien como la totalidad del proceso psíquico, bien como el principio de ese proceso. En el lenguaje cotidiano y muy especialmente en el uso lingüístico religioso tradicional, estamos acostumbrados a hablar de alma en el sentido de «alma consciente y espiritual». Así, hablamos de los estados y experiencias anímicas, de la vida y dirección del alma, de su supervivencia e inmortalidad. Tal uso lingüístico oculta el estado real de la cuestión toda vez que «'alma' no es directamente una realidad espiritual, sino que señala «el principio vital del ser viviente». Antes de incursionar sobre el concepto *vis-à-vis* el «espíritu», por alma entenderé «el conjunto de la vida consciente o principio de vida espiritual y corporal» (enfoque de Coreth, Emerich *¿Qué es el hombre? Esquema de una antropología filosófica: «El problema cuerpo-alma»*, Editorial Herder, Barcelona, 1991, pg. 187).



genética fue, en mi caso, «sentido» por el caudal de energías acumuladas durante los tres días previos a la entrega de amor.

Durante esos tres días estuve inmerso en una experiencia, en calidad de formando en un retiro espiritual. Recuerdo la felicidad de haber aprendido a abrir el corazón a Dios (Ser trascendente, inteligente y bueno), por medio de las dinámicas de una experiencia memorable. No sorprende que hoy siga cobrando relevancia el aprendizaje «experiencial».<sup>9</sup>

En fin, ese día domingo llegué a mi hogar a unirme con mi esposa e hija, impactado y rebosante de fuerza creyente, fe que duró caliente varios meses. Esta experiencia transformó mi óptica de vida, hasta el día de hoy, 30 años más tarde cuando estoy abrumado con más incógnitas.

---

<sup>9</sup> Vocablo pobremente traducido del inglés; el aprendizaje 'experiencial' parte, en una primera instancia, de la acción, observando y evaluando los efectos que esta tiene sobre la realidad; luego de la reflexión y cabal entendimiento de los *Principios* generales de «la acción dirigida», se aplica a las nuevas *situaciones* «o percepciones» al servir de asiento para el crecimiento personal. El vocablo hace alusión a la poderosa asimilación de información (conocimientos) que parte de la recepción de la misma cuando ésta es relevante y más cuando se trata de principios y valores y temas afines—generales o específicos—que poseen sentido común. En esa oportunidad de crecimiento espiritual o en otras experiencias más mundanas, el enfoque 'experiencial' cobra singular importancia. Recuerdo en ese año, 1971, haber organizado y asimilado la información por haberla convertido en «conocimiento», el que continuó en *proceso* de maduración, entendiéndolo no sólo el valor de la oración, que trabajé en selectos espacios «situacionales» en esa etapa bella, pero miope de mi vida. El resultado fue, irónicamente, haber elevado mi nivel de conciencia sobre Dios, pero finalmente cuestionando la religión y los estilos de sus actores.



Los ocho o nueve meses posteriores a esa vivencia extraordinaria me sentí altamente realizado, con fuerza creyente. Creo que encontré otro significado, otra luz de vida, confrontando la debilidad de mi carácter y la incapacidad de controlar mi humanidad de aquel entonces, en tantos frentes. Tal sentimiento, como todo lo de este mundo, se dispó por que no supe nutrirlo y por pereza regresé, de nuevo, a la inmediatez kunderiana<sup>10</sup>, sentándome en la comodidad de la incredulidad, atendiendo los tejemanejes del día a día.

Quedaron, sí, en las fisuras del corazón y del alma, el recuerdo de una misión de vida, añoranza cuyo bastión requiere de fe, y ésta, a su vez, de ceguera, por ser ilusoria en la entrega, como infiere Kierkegaard. No corresponde relatar aquí pormenores sobre la vivencia del encuentro religioso-espiritual; sin embargo, hoy lo rescato al intuir que, de alguna manera, la experiencia tiene inherencia tres décadas más tarde, desde el milagroso acto procreativo espiritual y biológico, en el cual engendramos a quien bautizamos con el nombre de Andrés Guillermo González Samper.

Me sitúo en los dos nombres de pila que le asignamos a esa criatura. El primero, respondió al legado de quien escribe, cuyo origen fue el de mi padre, Jesús María Andrés. El segundo nombre lo

---

<sup>10</sup> Kundera, Milan *La insoportable levedad del ser.*

hereda de mi tío, hermano de mi padre, hombre de fe profunda; teólogo jesuita. Llevo también esos nombres y, al unísono con mi primera señora, bautizamos, a nuestro único hijo varón.

El nombre que llevamos puesto tiene gran valor sobre la conciencia y fortalece la identidad; el nombre de pila nos hace sentir únicos. Onomásticamente, Andrés significa fuerza, virilidad y se asocia con cruz por la forma que murió San Andrés (boca abajo). Es anecdótico que Andrés, pronunciado por cualquier anglosajón culto, o no tanto, suene «Undres» y que así, mi hijo, con su estupendo sentido de humor bilingüe, lo utilizaba para preguntar «*when?*», al escucharlo de las jóvenes que durante su adolescencia atrajo. *Undress*, en inglés—para los que tienen dudas—, traduce «desvístete».

Ese niño de facciones definidas fue de bebé, de niño, de adolescente, hermoso (y no lo digo porque sea mi hijo, ni me refiero únicamente a sus facciones espartanas, bellamente proporcionadas); de joven adulto exhibió un carisma que se le salía por los poros, a borbotones; lo más hermoso es el ánimo que lo caracteriza y que habitó en ese cuerpo; su ingenio, su originalidad, su inteligencia privilegiada y la rapidez mental asociativa y artística, fueron un deleite.

De temperamento alegre, con espontáneo sentido de humor, como el de su abuelo paterno, se transformó en ávido lector, escritor y compositor nato; abandonó el piano, cuya técnica aplicó a la guitarra



en sus primeros años de adolescencia. Artista nato, sensible, con singulares iniciativas, se destacó por sus altos niveles de creatividad, en el empeño de crear formas y combinaciones instrumentales originales; años después, se transformó en un adulto profundamente generoso, honesto y pensante; entusiasta en lo que creía, con una imaginación propia de un joven lleno de ilusiones rompiendo paradigmas. Aún sonrío cuando pienso que, a veces, Andrés miraba las estrellas con los pies en otros planetas. Sus ilusiones artísticas fueron altas, sus objetivos de vida, nobles.

Lo engendramos una noche de un día domingo, en el mes de julio de 1971. Esa nueva vida fue, o mejor dicho, sigue siendo, para mí, el gran y único hijo varón. Es justo decir que fue bien estimulado en juegos, educado, bien alimentado, vestido, guiado, aconsejado, querido, admirado y tantas otras y cientos de acciones propias del rol de la maternidad y la paternidad; durante sus casi veintiocho años, fue persona auténtica, un orgullo de la vida, aunque su crianza no dejó de ser un desafío para nosotros como padres, por su notable imaginación e inteligencia. Sería inexacto no mencionar que tuvimos complejos bemoles con los disonantes naturales de su adolescencia tardía, en el entorno norteamericano donde se educó—país complicado para la crianza de los hijos por la cultura—agregándole la ausencia de la familia extensa, con todas sus manifestaciones de amor y apoyo que distinguen a nuestra familia colombiana. Sí, las



comparaciones son odiosas pero, a veces, útiles.

El joven Andrés prometía, como todas las almas en formación, un futuro más largo (por la herencia biológica paterna y materna) y frutos contundentes, como pocos. Sufrió de un cáncer que le causó la pérdida de un testículo a los diez y ocho años; a pesar de esa extracción quirúrgica, tenía la posibilidad de ser puente de fértil descendencia, en respeto al legado de su ascendencia. Sus hijos, hubiesen sido buenas o excelentes personas, como lo fueron sus antepasados y contribuyentes a la sociedad donde hubieran vivido, con altura, decoro y altos niveles de conciencia. Ese capítulo complicado de salud en los primeros años de su vida adulta, lo manejó con humor, aceptándolo y sabiendo que no lo afectaría en su vida sexual y menos aún, en su capacidad procreativa.

Se me tildará de engraido al expresar el orgullo de ser González, no propiamente de los que «cuando se levanta una piedra salen corriendo mil», sino de aquellos que han regido su vida con sólidos principios, de sana cuna castellana, payanesa, ubatereña y bogotana. Mi línea se truncó; al menos por mi lado, porque en la de mis dos hermanos mayores, el agua del río—con sus tres hijos varones con el apellido en primera línea—promete llegar a buena bahía en la descendencia directa del apellido. No fue así con mi hijo concebido y nacido en Bethesda, Maryland, el 26 de abril de 1972.

Con su desaparición voluntaria, la descendencia directa del apellido González, de mi línea, finalizó. Aún quedan, con suerte y gracias a sus dos hermanas, Sandra Michelle y Liliana María, dos generaciones mediante las que el apellido paterno no perderá vigencia.

Siento profunda nostalgia de la herencia física perdida, pero en cierto modo ganada espiritualmente, al interiorizar que se hizo la voluntad de Andrés, e indirectamente, intuyo, la transcendental de Dios.

A un año largo desde su traumática partida, el vacío constituye, no sólo una ausencia holística *arrugada* en mi corazón, sino además, perseverante presencia en unos de los valles del espacio del «alma» que me define con mayor claridad como *ser*.

Me siento empantanado por la frustración, por las ilusiones prospectivas y que hice más, y que adscribí, conscientemente, a esa alma, mi hijo, quien hoy pertenece al reino del espíritu, o del recuerdo, ilusiones que con su trágica partida, para mí, se truncaron.

En determinados momentos pienso que, independientemente de lo ético y desde el referente moral del acto suicida, Andrés muere con nobleza ante sí, con valentía, porque estoy convencido que su decisión fue lucubrada con plena conciencia. En otros, me agobia la tristeza; me azota la esquizofrenia socio-cultural y la historicidad filosófica sobre el



suicidio,<sup>11</sup> al considerar que ése es un acto cobarde, ya que, quien fue dotado con numerosas y singulares cualidades, no supo o quiso afrontar el reto de vivir; cuando me agarro de esa rama, tiemblo, y más cuando interpongo la sombra del árbol de la educación religiosa, del pecado, del infierno, de la «perdición» de su alma y, bueno, de la muerte como tal, vacía de esperanza, de fe. La soberbia inútil me asalta, al dudar sobre la vida eterna, mirando mi ser tan insignificante, tan temporal y me duelo ante semejante imponderable. Acá estoy.

No estoy en condiciones de justificar nada; tampoco se trata de apologías por pena ajena, o por pena propia; en el fondo, no me avergüenzo de su acto de valor, o de humillación—de negación ante el regalo que significa la vida—; desde cualquier punto de vista, duele, pero el dolor se hace más complejo por mi ignorancia, la que intento resolver.

Dejando de lado las dos posibilidades, valor o cobardía por parte de Andrés, algo aprendo, al cuestionarme y otro significado del *para qué* de su repentino viaje mortal.

Lo que menos me ocupa es su trágica decisión y los posibles motivos que lo llevaron a semejante desgarramiento, y que merece mi respeto, aunque

---

<sup>11</sup> Porque el suicidio es un acto en el que cuando termina la vida, comienzan los juicios sociales.



jamás estaré de acuerdo con él. Sin embargo, estos pensamientos mortifican y generan enormes vacíos y pesadillas.

Lo que más me ocupa es encontrar el significado que tuvo su forma de separarse de la vida, en directa violación de la Ley de Dios; del «no matarás», principalmente, ante la posibilidad o la idea de su *inmortalidad*, por la sensación de intrínseca de su vida acá, su muerte acá y la del «más allá», con relación a la mía, de lo que me queda de existencia y qué decir de la añoranza de que hubiese sido un puente vital de descendencia (que se derrumbó espiritualmente); que su alma esté por fuera de la vida eterna dentro de la Promesa de ser redimido dentro del esquema religioso o metafísico. Por lo anterior, me siento huérfano ante el deseo y la necesidad de entender mejor la fuerza vital (el *alma*) que se me fue, «pobremente ida», de esta mi temporalidad.

Abruma entonces su decisión en el contexto moral, lo que me sitúa en arenas movedizas; sí, me estremezco al pensar el ánimo de mi hijo en los últimos tres niveles de la *imagen-poemario* del *Infierno* de Dante. A veces, la razón me asiste como un lazo que me ayuda a salir de los pensamientos tenebrosos y, por así decirlo, me salvo de ahogarme—no sólo en los vívidos imaginarios del autor de la Divina Comedia—sino en los propios, que, desde joven, conservo del purgatorio, del infierno y de Satán.

Me alivia pensar que con un poco de filosofía

práctica (si es que existe) y quizá, con una teología comprensible, pueda esclarecer algunas dudas, aunque sea pretensioso querer sumergirme en profundidades no imaginadas, desde la telaraña urdida a partir del vacío del suicidio. Confío en no quedarme sin oxígeno.

Admito entonces su decisión en el contexto mortal, lo que me sitúa en zonas novedosas; si me atrevo a pensar el alma de mi hijo en los últimos tres niveles de la imagen-poema del último de Dante. A veces, la razón me asalta como un lobo que me ayuda a salir de los pensamientos lentos y por así decirlo, me salvo de ahogarme—no sólo en los vividos imaginarios del autor de la Divina Comedia—sino en los propios que, desde joven, conservo del purgatorio, del infierno y de Galán.

Me sienta pensar que con un poco de filosofía

## Capítulo II: Abonando la tierra

(El alma vestida de espíritu)

Desde la superficie, intuyo que el *alma* humanizada es complemento directo de su abrigo: el *espíritu*; además, desde el referente de Andrés, al interpretar estos dos conceptos, me situaré en el peñón histórico-bíblico, el filosófico y teológico, y mis apreciaciones sobre estos dos conceptos, participarán de los análisis penetrantes y sensibles de mentes iluminadas.

Necesito clarificar que ante el acto del suicidio, existe una diferencia entre el alma y el espíritu; necesito reflexionar dónde es que Andrés no está con Dios... y así mismo, cómo está frente a mi alma y a mi espíritu—los que intuyo y tengo la sensación de que están conectados.

Desde el sombrío suicidio premeditado de Andrés, necesito bañarme en luz, así sea con rayos tenues, sobre las implicaciones o consecuencias de ese acto y en cuanto a la salvación de su alma<sup>12</sup> y su

---

<sup>12</sup> Es todo un esfuerzo imaginar la vida o el estado de los que ya no poseen un cuerpo para evolucionar el alma—si es que tal instrumento físico es el medio para la transformación: Pienso que el alma de Andrés no necesita estar en un «lugar», aunque Jesús sí nos habla, de forma figurada, del infierno, llamándole 'gehenna', o Valle de Hinom, valle maldito, al lado de Jerusalén (Mt 13.50, 25,41 y 8,34) refiriéndose a «los condenados» por estar apartados de Dios para siempre, por haberse negado a amar a su prójimo o por haber renegado de Él... que no considero es el caso de mi hijo porque fui testigo de la nobleza de su alma y de su espíritu y la bondad caritativa que los distinguió. En el A.T. la palabra alma significa «aliento del hombre y el calor que está en su sangre». Toda la vida está ahí (Lev 17,11 71). En el N.T., el alma pasa a designar la persona misma que no muere (Mt 10,28).



plausible transcendencia espiritual-evolutiva (desde el prisma de la doctrina cristiana). Estoy consciente que no obtendré respuestas asertivas, pero de algo servirá el ejercicio reflexivo e investigativo.

En segundo lugar, no deja de ser anhelo y a la vez, desafío, incursionar un poco más sobre la inmortalidad, la fe en Dios y, por tanto, sobre Su promesa de salvación y desear la gracia (ante las *desgracia* de la muerte de mi hijo), para canalizarme mejor hacia Él y afianzar el respeto y el temor, que se agudiza hacia el Creador. Digo respeto, porque éste va de la mano con el amor y viceversa. Sí, el suicidio de Andrés *convida* a rescatarme y a reflexionar sobre estos temas y en última instancia, a implorar misericordia para que su pésima decisión racional, merezca el perdón Divino.

Dejar de conservar la certeza de que el alma y el espíritu son simultáneamente «realidades» internas y externas de mí, sería como vivir en una temporalidad hueca, desnuda, fría. Pienso que lo trascendente en ellos, es lo infinito; es aquí cuando la experiencia religiosa cobra relevancia; es, sin duda, reconfortante crearme parte del misterio Divino.

Lleno el hueco de mis inseguridades con garlanchadas racionales de tierra y desde niño, en relativo uso de la razón, he sido consciente de que lo único que puedo afirmar acerca del futuro, en el espacio y cascarón que ocupo, es que un buen día dejaré este plano físico. Durante mi adolescencia fui

sensible a esa irreversible realidad; realidad que se ha acentuado con el pasar de los años y más, ante el desfile intermitente de mis seres queridos, los que han ido desapareciendo de mi realidad física, y los que fueron, son, y serán, parte de mí, de mi energía vital, de mi alma al pertenecer a un mismo espíritu, por así decirlo.

Andrés, por ser el hijo varón que me correspondió conocer, influye más en mi conciencia, de manera diferente a la que yo pude, quizá, haber influido en la de mis padres. En mi situación, el atavismo del legado *alma-espíritu*, se invirtió; Andrés forzó su partida y llegó primero a *ese otro estado*.

Desde la noticia abrumadora del suicidio de Andrés (3:20 de la mañana del 15 de febrero, 2001), soy más consciente del fluir del tiempo y sí, estoy mucho más sensible de mi «hora cero». Desde la tragedia, difusos pensamientos me invaden a diario, los que se atraviesan en la realización de mis responsabilidades y en los ratos de ocio creativo que puedo disfrutar.

Obviamente, duelo es duelo—como los de las épocas de los tres (¿o cuatro?) mosqueteros en defensa de causas altas—; y sí, esquivo, con agilidad, los asaltos de mis contrincantes y, aunque estoy herido y con dolor resignado, me siento «ganando» ante los ataques de mis fantasmas ágiles que me sorprenden con ataques diurnos y nocturnos.



Una de mis nuevas aspiraciones, la que agrego a la inspiración de lo que—desde mi cuarta década he considerado el «Gran Diseño» (aplicable a temas afines al desarrollo humano que canalizo en entornos empresariales)—y en los procesos deliciosos de ir detectando «La Misión de Vida», es comenzar a rescatar, es decir, fundirme mejor con esa otra parte de mi alma (dentro del alma-*vitalicia* y espíritu de mi hijo en el imperio de Dios) en el momento cuando me corresponda expirar. Desde ya pido permiso a Dios.

Mientras tanto, el único medio que «poseo» y, a la vez, «no poseo»—ante semejante aspiración—y que, en algo me reconforta, es, precisamente, la ilusión de intuirme inmortal, y ahora, que el alma que distingue a mi hijo Andrés ya es inmortal, y que, de alguna manera, me percibe, sin ojos, desde 'arriba', como yo a él, desde abajo...con ojos transparentes de alma.

Desde el momento de su concepción, decía, he sentido nuestra inmortalidad unida, sin comprender bien semejante sensación y, al vislumbrarla, la sitúo dentro del obrar superior e inmaterial del Gran *spiritus purus* que *todo* lo rige. En esta coyuntura, alimentar mi fe es un acto imperante; lo grave quizá, es que la siento con hambre. El *quid* del asunto es: ¿cómo la nutro? La oración a veces no es la más apropiada; la siento egoísta porque me percató pidiendo, en vez de dar gracias a Dios, por el regalo temporal e inmortal que Él me dio en Andrés.



El simple hecho de estar siendo en el aquí y ahora, con la presencia ausente de un ser amado que se desgarró voluntariamente de la vida, sin tener la certeza, por mi fe debilitada, de que existe otro estadio más duradero, más permanente—que el que conocemos acá—hace flaco el significado o sentido de mi actual razón existencial. El alma que llevo puesta, la siento, de más de una manera, tristemente *desprendida* porque la de Andrés es, en lo espiritual, parte de la mía o bien, la mía, parte de la de él<sup>13</sup>.

Mientras tanto, sintetizo. Los enfoques socráticos, platónicos, aristotélicos, hebreos, plasmados en el Antiguo Testamento; los cristianos en el Nuevo; el agustiniano, el tomista, kantiano, hegeliano, el cartesiano, entre otros<sup>14</sup>, presentan, a mi entender, un común denominador: que el alma es forma *corporis humani*, es decir, es principio informante, determinante y configurador del hombre todo, incluida su vida corporal, lo que significa que,

---

<sup>13</sup> Creo que necesitaré de una alegoría que me permita entender un poquito mejor la filosofía y la teología desde los dos referentes «alma» y «espíritu» y mejor, desde el referente antropológico, integradas estas dos ciencias en esfuerzo de construcción, lo que confío lograr más adelante.

<sup>14</sup> Por ejemplo, Platón (mitología socrático-platónica sobre el tema *De homine*, *Banquete [Symposion]*, *República IV*; Aristóteles [*De anima II*]); En el A.T. la palabra hebrea de alma «*nefesh*» significa 'vida o fuerza vital'; El N.T. entrega varias referencias: *Mateo [10,28]*, *Lucas [27,43]*, *Pablo*—quien diferencia carne y «espíritu» y que ambas tienen un sentido sobrenatural e histórico-salvífico—; en Agustín (*De trinitate*); en Tomás de Aquino en su *Summa theológica*, en Kant (*Metafísica specialis*); Hegel (*Fenomenología del espíritu*); Descartes (*Meditaciones de prima phil. II*), entre otros tales como M. Buber (*¿Qué es el hombre?*); E. Cassirer. (*Antropología Filosófica*—enfoque hermenéutico del «espíritu objetivado humano»—)...

en el cuerpo, están dispuestas y subordinadas, de antemano, unas realizaciones propiamente espirituales.

Aterrizando desde el concepto enorme a la realidad, y en palabras más sencillas, entiendo por alma aquella energía, asiento de lo emocional, de lo cognoscitivo y de la acción, movidos éstos por un espíritu en el libre albedrío. El alma *me mueve* para llevar a cabo múltiples acciones: entre las más vitales entiendo:

i) la de ejercer la elección, es decir, el libre albedrío—, con la *Voluntad*—cuando *saber* tomar decisiones es vital;

ii) asumir responsabilidad, es decir, responder con habilidad por las elecciones, decisiones que realizo;

iii) tener *autoridad*—, es decir, ejercer el poder de acción—para lograr mi autorrealización, mi evolución o transcendencia espiritual, dentro del esquema de la salvación, *versus* la condenación.

El ser que soy, cascarón y alma, cuerpo y cerebro, integrados, responde a un arco iris emocional que se piensa y siente, o siente y piensa, sobre lo que percibo, con determinados propósitos; sería vida *inconsciente* tan sólo vivir para comer, trabajar, dormir, entre tantos otros actos que me definen en el estado humano, sin reflexionar sobre ellos. De alguna manera, tales actividades cobran



significado, según el *sentido* que en el tiempo presente les otorgo.

En este punto pareciera necesario *desaprender* o *desaprehender* determinadas creencias (desaprender implica modificar los conocimientos; desaprehender implica cambiar las percepciones con los sentidos o la inteligencia), convicciones que asimilé parcialmente en la juventud, y que ahora, aprendo con un poco más de sensibilidad creadora, con espíritu crítico—también de forma incompleta—en la madurez. Tales creencias buscan abrigo para aliviar el sentimiento de temor al abismo oscuro, o a esa estratosfera, a la muerte/vida, o al estado finito, o infinito, que caracteriza el misterio de *dejar esta existencia*. En lo personal, no me atemoriza sacrificar los sentidos que le dan color o sinsabor a la vida y que, de alguna manera, arrojan luz sobre mi bienestar o malestar; no son indispensables, por tanto, yo tampoco en ellos. Pero no quisiera perder la capacidad de razonar, que intuyo, nutre mi alma en mi espiritualidad.

Confirmaría con tales pensamientos que no le temo a la muerte física...como Andrés no le temió.

Los fundamentos invisibles que considero sostienen mi vida (el alma, el espíritu, la fe, los principios, los valores, el significado que le doy a ésta mi existencia), son relevantes cuando me siento a pensar, incómodamente sentado en un butaco, aislado—conmigo mismo—y entretengo la posibilidad de que



sí existe otra vida, otro plano; que otra dimensión es factible, por quererla 'infinita', como lo es una idea. Y ¿no soy un cúmulo de ideas, así estén desorganizadas, como lo están las herramientas entre su caja?

Estoy menos incómodo mirando el futuro<sup>15</sup> cuando considero que el espíritu que me distingue es el *principio* de mi vida consciente, la energía que me *anima* a la acción y el que, en unísono con el alma, funciona de interlocutor entre mi cuerpo y la mente.

El alma que poseo, la que no seleccioné, la que me define, «nace» debilitada por haber despertado en este planeta, sin capacidad de acordarse de *nada*. Por otro lado, poseo una fortaleza singular: la capacidad de imaginarme un horizonte, a futuro, aunque estoy ciego sobre lo que aún no ha ocurrido, en lo físico como en lo espiritual.

Cuando pienso sobre el tiempo futuro, necesito echar mano de la prospectiva, entendida ésta como una *indisciplina* intelectual, la que, desde ese vasto paisaje de grises en hora nona, clama de: anticipación, apropiación y acción.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> El deseo sale a la conquista del tiempo futuro para dar un sentido a las vivencias presentes; es, como afirma Berger que «el futuro es la razón de ser del presente» (Berger, Gaston; *Phenomenologie du temps et prospective*, PUF, 1964).

<sup>16</sup> La apropiación intelectual y afectiva constituye un punto de paso obligado para que la anticipación cristalice en acción eficaz. Nos encontramos, pues, ante los tres componentes del triángulo griego: *logos* (el pensamiento, la racionalidad el discurso), *epithumia* (el deseo en todos sus aspectos, los nobles y los menos nobles), y *erga* (las acciones o realizaciones).

El matrimonio entre la pasión y la razón, entre el corazón y el espíritu son valle de luz porque expresan la acción y el desarrollo potencial de mi alma, la que se autorrealiza por medio del instrumento corporal. La razón es fría, las sensaciones, cálidas y la acción, brillante—con la luna llena en el ocaso del porvenir—.

Desde la óptica del *alma del pasado* (que fue creada), del *alma del presente* (que moldeo) y el *alma del futuro* (la que vislumbro), es refrescante contar con la ilusión que ésta se transportó, se transporta y se transportará en el navío del espíritu y que éste, a su vez, tiene un rumbo *predefinido* (en el 'mapa' del destino); es más, que la responsabilidad del navío está en las manos competentes de Un Capitán.

Es reconfortante imaginarme que voy hacia algún puerto en el océano de Dios y que cuando atraque en el muelle, me *refundiré* o me *rescataré* misteriosamente con el alma-espíritu de Andrés. Claro está que Andrés no evitará el «regaño» espiritual, sin palabras humanas, que compartiré con él, aunque su acción suicida ya habría sido sufrida acá, le fue perdonada en mi humanidad, o mejor dicho, aceptada, pero, contradictoriamente, ante el perdón, olvidada. Parece que el espíritu del perdón, dentro de mi, está trabajando parcialmente.

Nada pierdo con creer que mi alma, dentro del espíritu que me distingue en esta limitadísima condición, en la que me percato, seguirá siendo



(existiendo) con base en lo que aquí realizo y aprendo ante mi realidad: que soy energía consciente 'metido' entre un cuerpo y que esta energía, al morir, «permanece» en otro estado para encontrarse en otro nivel de irrealidad o de consciencia, en otra espiral *destemporal*, siempre y cuando mi alma se lleve los conocimientos adquiridos acá—aunque no sabría cómo se trasladarían las neuronas (físicas) que me distinguen.

En semejante butaco, precariamente ubicado al borde de un abismo, el paisaje del poniente lo percibo en hora nona, con múltiples tonos de gris con rizos rosados de sol esperanzado. Tal vez al repensar sobre el alma y el espíritu—y su destino en lo eterno re-*aprehendo*—si es que tal acción implica reemplazar la información recibida sobre estos conceptos enormes. Es irónico que tan vastas abstracciones, están, a su vez, ubicadas en tan reducido espacio de ésta mi condición físico-mental—y son, a su vez, los ejes que alientan mi estado humano de ser. Necesito alas para volar hacia esos imaginarios que me permiten sentirme mejor, ante el espacio que vislumbro al borde del abismo, entre tanta vida atemporal y la muerte temporal.

Con la visión de la antropología filosófica y la teológica, el problema del ser humano es uno de los planteamientos clave de toda persona que quiere entenderse mejor. ¿Qué soy? constituye una pregunta profunda en el pensamiento filosófico al intentar profundizar en el *ser* del hombre, el que, como



sujeto y objeto de tal ciencia y conciencia, aparece como mediador de nuestra inmediatez.<sup>17</sup>

Desde la antropología teológica, el esfuerzo consciente del hombre es lograr mayor comprensión *de sí* por medio de argumentaciones *a priori* y transcendentales (en todo el sentido de la palabra), por medio de la revelación divina, o bien, por medio de las ciencias *a posteriori* (biología, psicología, sociología, etc.). La teología presupone lo que se ha dicho sobre el hombre en el mensaje de Dios, en el contexto histórico de la fe. ¡Qué palabra corta y que largo su alcance!

El alma en el cuerpo, regida por el espíritu, es el eje transversal entre mi ser y mi ascendencia; la intuyo ligada,—por lazos abstractos tales como la bondad, la generosidad, etc.—con una fuerza mayor, con un Ser Supremo, común denominador entre el monoteísmo judaico, cristiano e islámico.

Enfoco desde el borde del abismo con los binóculos al revés porque ¿cómo me acerco a la verdad si no me veo lejos de la que busco?; si

---

<sup>17</sup> ¿Cómo llevamos a cabo la mediación de la inmediatez? Pareciera que la realizamos en el espacio y en el tiempo, en movimientos situacionales; la pura razón abstracta no es suficiente y la razón implicada, ayuda; es la que realizamos por medio de la transposición (traducción, metáfora) del *Umwelt* (contorno) en *Welt* (mundo). Así, el modo de lograr la mediación de la inmediatez sería, pues eminentemente iluminada en lo simbólico-lingüístico; es el lenguaje humano en sus múltiples modos y maneras, la fuerza viva; sería pues, el responsable primario de realizar la mediación (ref. Ortiz-Osés, A.; *Antropología hermenéutica, el hombre como animal interpretativo en el lenguaje por él*, Aguilera, Madrid, 1973).

desaprendiese de la información fragmentada que rige la doctrina y dogma que moldea mi consciencia, podría ubicarme, por decir, en un árbol, con mi rama existencial en el legado cultural indo-europeo en el que, con los griegos, vikingos, persas y teutones y otras culturas—la visión especulativa es cósmica y se define, a veces, politeísta con tantos dioses como variedades de almas y espíritus del bien y del mal existen—. Se me previene que creer eso y socializarlo es herejía. No deseo caerme del árbol y suicidarme espiritualmente. Siento gran temor, el que Andrés, quizá, no sintió.

El enfoque cíclico de la historia, con la concepción de que ésta se manifiesta en círculos, es decir, que la historia no tiene principio ni final y así, las civilizaciones, como los individuos, aparecen y desaparecen en un juego eterno en múltiples procesos de nacer y morir. Lo anterior también es herejía, va en contravía con el mensaje de Jesús, aunque el enfoque ofrece una explicación que puede resultar atractiva para muchos.

Me centro en la visión lineal de la historia; es decir, que hubo un inicio [alfa] y que se dará un final [omega]), siendo ésta, la percepción judeo-cristiana, piedra angular de mi herencia religiosa.

En cualesquiera de las posibilidades, teorías o doctrinas en ebullición, actuales o históricas, mi hijo Andrés, criado y educado desde el referente católico, se suicidó el Día de San Valentín<sup>18</sup>, resuelto y sumido

---

<sup>18</sup> Festividad que tiene su origen en el año 270 dC. La historia más popular es la del mártir romano el Arzobispo Valentín o Valentinus, encarcelado por sus



entre otras razones, por agobio sentimental, para volar hacia otro espacio, el que no sería un lugar o sitio particular, que, desde joven, me imaginaba.

No se hasta qué punto Andrés consideró el impacto emocional que su viaje dejaría en nosotros, su familia, y más importante, los efectos que el acto tendría en su transcendencia espiritual—desde el referente cristiano—aunque, en su nota de despedida, hace alusión a su aspiración metafísica con contenidos selectos de fe cuando menciona, en un párrafo particular y privado de su nota, que «reza» para que algo suceda—y, quien reza lo hace con ciertas dosis de fe—<sup>19</sup>. El punto es que no hace referencia a ninguna plataforma doctrinal. Andrés se

---

enseñanzas cristianas, en abierta oposición al régimen del Emperador Claudius II. El 14 de febrero, año 270, Valentín fue decapitado—no sólo por oponerse al rito pagano del dios de la fertilidad Lupercus (de ahí el día de Lupercalia), día cuando los jóvenes seleccionaban su pareja aleatoriamente, y realizaban un ritual o lotería cuando el varón escogía a su compañera sexual por el resto del año (tradición romana que data más o menos al año 400 aC)—, sino además, porque el Santo realizó un milagro al retomarle la vista a la hija de su carcelero. La noche antes de su ejecución, Valentín le escribió a la niña una nota de despedida firmándola: «De su Valentín». En la antigua Roma, febrero fue el mes de la purificación. La costumbre romana de seleccionar pareja ese día se dispersó por Europa en la Edad Media y después, a las colonias Británicas en los Estados Unidos. También se dice que el 14 de febrero es cuando las aves seleccionan su pareja y tradicionalmente es el mes del romance. En el año 496, el Papa Gelasius I proclamó el 14 de febrero, «Día de San Valentín». Si bien la historia o las leyendas son un tanto vagas, la esencia es que ese día enfatiza el heroísmo y destaca la figura romántica de San Valentín, uno de los santos más populares de Inglaterra y Francia durante la Edad Media. (Fuente: sintetizado de varias entre ellas, USIA, en Internet). Andrés, profundo y altamente sensible y sentimental, seleccionó ese día, quizá por las circunstancias que lo agobiaron durante el año 2000 en el ámbito afectivo.

<sup>19</sup> En la medida que medito sobre el alma, el espíritu y la inmortalidad o transcendencia de éstos en el tiempo, difícilmente imaginables, el concepto de



limita a mencionar la «cáscara» que deja atrás; presupone una «metamorfosis», solicitando a sus seis lectores el favor que, cualquier honor en memoria de su legado, lo realicemos en celebración a la «libertad» que, en su libre albedrío «abrazo» ante las «posibilidades» puestas en el «más allá».

En lo íntimo, intuyo que Andrés buscó para su alma / espíritu un horizonte semejante al del océano en su «Más Allá» (las mayúsculas son mías), al considerar su «vuelo» de «posibilidades» hacia un tiempo en el espacio para lograr el cambio añorado (quizá no tenga derecho de expresar lo anterior, pero mis condicionamientos religiosos aquí se imponen en el subconsciente y en la consciencia por los nobles fundamentos que recibí y que le inculqué). El arraigo de mi moral religiosa me cursa invitación a desechar la idea que regresará, de nuevo, a nuestro espacio de tiempo relativo, para sufrir un *más de aquí*.

Al superarme con lo desconocido y con el referente del mensaje profundo de Jesús-Cristo, quien, asertivamente, rompe esenciales esquemas hebreos, y con su descendencia de pocos creyentes auténticos, el reto se enaltece con patrones cada vez

---

la fe aflora; se impone; es tema que trabajaré más adelante para entenderla mejor; siento que debo rescatarme en ella. En la carta de despedida de Andresito, interpretándola entre líneas y respetando el contexto de su últimos pensamientos escritos—y conociendo la fuerza de los mismos—, haré referencia a selectos conceptos, vocablos que utiliza en ella; su expresión es noble y generosa y el lenguaje que utiliza, único. Desde la hermenéutica, quizá, podré interpretar con mayor objetividad, el sentido de su desaparición voluntaria, una de las razones, esencia, de este ensayo.

más altos de conducta; comienzo a demandarme dosis más sólidas de fe, así yo esté debilitado por la inseguridad y sin la fuerza de la gracia santificante que sería maravilloso recuperar. Estoy sí, con el arnés promisorio de Su hermosa doctrina y, de cierta manera, frenado por mi propia confusión, dentro del dogma católico con el que fui educado y, que, si bien ha sido denso, ha sido útil en diferentes momentos de mi vida cuando me rescaté de mis errores en la juventud. Admito también que el estilo de varios de sus representantes fueron catalizadores de desaliento, y que el cambio de actitud es complicado. Pero, en últimas, el responsable soy yo.

No obstante, si dejara de entretener el mensaje de Jesús, me sentiría (como ya lo he sentido), *espiritualmente vacío* porque, por inseguridad, me perdería de la posibilidad de entretener la Gran Promesa del Reino después de la «resurrección de los muertos»<sup>20</sup>, ya que, sin la misma, lo único que tendría valor o sentido sería lo escuetamente físico-mental: el presente que palpo, escucho, observo, siento, huelo y saboreo son acciones que tienen valor inmediato pero que no *transcenden* hacia el universo de las ideas cuya energía, influye o me transforma acá o, en un «más allá».

---

<sup>20</sup> Hechos 24:15 («habrá una resurrección tanto de justos como de pecadores»), San Juan y Apocalipsis, en San Pablo también se hace alusión que la resurrección del cuerpo es 'espiritual' ya que tal está gobernado por el espíritu, conformada al cuerpo glorioso de Cristo. En Marcos 12: 18-27, Jesús habla de la resurrección en términos espirituales: « serán en el cielo como ángeles».



¿Qué relevancia tiene para mi humanidad, interpretar 'la verdad', con el espíritu inquisitivo que hoy me distingue, o hacer intentos para responder a tantos enigmas—con ojos puestos en el futuro y con escasa fe en el movimiento en todas mis manifestaciones y experiencias—incluyendo la tragedia de Andrés «metamorfoseado»?

Al pensar sobre la inmortalidad del alma, en realidad, sólo cuento con los siguientes enfoques:

i) el relativo al pensamiento sobre la 'transmigratoriedad' (proveniente del griego);

ii) el platónico que consideró el alma inmortal y *pre-existente antes* de habitar el cuerpo—sin memoria de su estado previo—pero con un vivo deseo (eros) de «regresar a su ámbito original» por medio del amor y liberarse de la «cadena» del cuerpo;<sup>21</sup> y,

iii) el de la fe cristiana (la Iglesia Católica), religión que se origina a los pocos días de la crucifixión de Jesús y de su sepultura cuando se extiende el rumor que el Hijo de Dios resucitó.

Conviene aclararme que la doctrina establece la «resurrección de los muertos y la vida eterna», que

---

<sup>21</sup> Platón divide el alma en dos: el ámbito de los cinco sentidos por medio de los cuales el conocimiento es incompleto y temporalizante (insignificante e imperfecto) y el mundo de la ideas, por medio del cual adquirimos conocimiento utilizando la razón y afirmando que las ideas (o formas) son eternas e inmutables.



Dios me otorga, en la fe, que, por Su gracia, seré salvado de la muerte y de la condenación. Dentro de la doctrina, yo, por mí mismo, no poseo el mérito o la habilidad natural o innata de la inmortalidad porque soy Su hijo. La promesa de Jesús es que mi alma será redimida y lo mismo, la de Andrés, independientemente de su acto terrenal.

La referencia bíblica, de que soy creado «a Su imagen y Semejanza»<sup>22</sup> infiere que cada alma individual la crea Dios de Su Todo (y de la nada), alma nueva, que, unificada con la células de los padres, fusionadas generacionalmente, conforman un nuevo ser humano; es ahora cuando me percato que la doctrina católica establece que «el alma no existe antes de la unión substancial con el cuerpo»<sup>23</sup> (en contra del preexistencialismo y la teoría de la transmigración de la almas).

La mayoría de los teólogos católicos parecen estar de acuerdo que el «alma es infundida en el momento cuando la células de los padres se unen»;<sup>24</sup> entonces ¿qué necesito entender por alma y para qué?

---

<sup>22</sup> Génesis (1.26).

<sup>23</sup> Denzinger, *Enchiridion Symbolorum*, Ed. Achönmetzer, Freiburg i. Br., 32 ed., 1963 (ref. 144Of., 2015, 2017, 3896) referenciado por Rahner Karl y Vorgrimler, Herbert; *Theological Dictionary*, The Crossroad Publishing Co., New York, N.Y., 1985, pg. 102).

<sup>24</sup> La doctrina creacionista establece que Dios crea a cada alma individual de la nada y la une con las células de los padres, los causales del nuevo ser humano; afirma que el nuevo ser espiritual es persona libre que trasciende a los

Con la lupa de cristianismo, el alma es «*el principio real de un ser*»<sup>25</sup>; el comienzo de la vida consciente y espiritual, es decir, con capacidad de obrar a un nivel superior desde el nivel físico-corporal-temporal.

Entendida el alma como «*principio de un ser*», el planteamiento constituye su *fuerza* intrínseca porque, gracias a ella, ese *ser* exhibe una pluralidad de rasgos y ninguno de ellos puede ser suficientemente explicado por los demás; cada característica es parte de un *todo*; por ende, parecería razonable afirmar que el alma está «*co-determinada*» por el *todo*.

El alma es el *principio* (esencia) de *un ser*. Entiendo que, por lo tanto, el alma no es una entidad que existe por sí misma la que, por así decir “*entra y sale*” en uniones aventurescas en juego con la materia. Mi temporalidad físico-espacial—en la condición de *ser*, y valga la redundancia, de ser *ser humano*—hace que mi alma se constituya de una unidad substantiva dentro de la condición que rige la

---

padres por medio de Dios de manera que Su dinamismo absoluto permanece «dentro» de la causa, independientemente del acto creacional. La nueva persona se origina por medio de un evento natural, independientemente del acto (generativo) y del carácter moral de los padres estableciendo que el alma *no existe* antes la unión substancial con el cuerpo. (Fuente: Rahner Karl y Vorgrimler, Herbert; *Op. cit* pg. 102 «*Creationism*»).

<sup>25</sup> El principio de un ser es fuente intrínseca al exhibir una pluralidad de rasgos...la enseñanza cristiana trabaja con este enfoque y establece que «el alma no es una entidad que existe aislada y que se une temporalmente con un cuerpo» (Fuente: Rahner Karl y Vorgrimler, Herbert; *Op. cit* pg. 483).



especie a la que pertenezco, sin haberla seleccionado. De tal manera, que cada característica empírica que me define es un atributo de mi condición de ser humano, de mi totalidad; desde luego, cada quien con sus rasgos diferenciados y el destino que nos depara o que, en Dios, por el libre albedrío, nos deparamos.

Soy, entonces, «*real*», «*verdadero*» (físicamente); soy «*completo e integral*», con una naturaleza, ante una existencia cuando soy «*real y verdadero*»: poseo atributos y deficiencias las que son de mi incumbencia nutrir o contrarrestar, respectivamente.

Sobre este asunto, recuerdo un diálogo que sostuve en una oportunidad cuando Andrés hizo vida en Bogotá: la esencia del tema fue la felicidad; sólo se avanza hacia ella cuando trabajamos con plena conciencia para contrarrestar nuestros defectos o las deficiencias que tenemos a bien reconocernos dentro de tantas virtudes que nos caracterizan.

Regreso al tema. El principio de mi humanidad me ubica en insaciable búsqueda de un mayor nivel de perfección que será imperfecta por estar atado a lo material-espacio-temporal. Sé que de cierta manera, cuento con el poder, o mejor dicho, la autoridad de *auto-determinarme*. Por lo tanto, al ubicarme por encima del mero determinismo ante mi ser encarnado entendería por mi alma el instrumento del espíritu. Lo expuesto es lo contrario del ser cuyo principio intrínseco es la transitoriedad espacio-



temporal, la biológica, lo social o, más parte de lo material que de lo abstracto.

Soy diferente en cuestiones de carácter, y personalidad, y sí, la biología y los mapas genéticos son innumerables; el sello del iris o las huellas digitales, singulares; pero el común de los denominadores con mis congéneres sigue siendo que soy parte de una especie y quedé, de alguna manera, *infundido* con una energía racional, emocional, intuitiva, creadora o transformadora; es decir, soy humano-espiritual y me percibo diferente de los demás, aunque comparto rasgos similares.

El espíritu («soplo» o *pneuma* del griego), en armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, es valorado como *principio* de vida permanente en el hombre; es un regalo de Dios, sujeto a Su control.

Por ser el espíritu principio vital de la vida en la naturaleza humana y además, por incluir el carácter que *me define*, me sitúo ante Dios Creador, para recibir, por vez primera y única, la posibilidad de verdadera vida.<sup>26</sup>

Un conocimiento del ser humano sería posible al verlo por medio de la óptica del «yo» *espiritual*, colmado de genuinidad, individualidad incomunicable

---

<sup>26</sup> Son numerosos los textos bíblicos que se refieren al espíritu: Lc 23:46; H 7:59; Lc 1:47; J11:33; Gal 6:18; Rom 8:10; 13f.; Tes 5:23; Rom 8:26; Cor 2:10-16; Cor 3:17. Solamente en los últimos libros del A.T., el alma pasó a designar lo que no muere en el hombre, su espíritu inmortal. Ver Mt 10:28. cuando se renueva el sentido antiguo de la palabra «alma».

y que voy más allá de una instancia de la ley general; ese yo es dueño de un intelecto, capaz de percibir mucho más de lo que resulta biológicamente útil; estoy en potencia de lograr la *mi* verdad (absoluta o relativa) *transcendiendo ante mí*, ante *mi* percepción dentro del *misterio* de Dios y, dentro de la valoración que deseo palpar de lo eterno: vida después de la vida.

Este yo *espiritualizado* me permite ejercer la libertad de elegir (por medio de la Voluntad) y por tanto, de asumir la responsabilidad situándome, como parte funcional de la sociedad biológica y tecnológica *donde estoy-siendo- ahora*, no sólo como cuerpo consumidor, sino también, alma / espíritu productor.

Mi cuerpo es cuerpo específicamente humano; es instrumento útil para la expresión de mi personalidad y del carácter «espiritual», que poseo. La parte espiritual de mi condición humana actúa en un espacio y en un tiempo histórico (con la imaginación, imagen, palabra, gestos, cultura, sociedad que me caracterizan) y busco, cuando estoy consciente, es decir, cuando no duermo, para contribuir hacia el mejoramiento propio y por medio de ese crecimiento, al del prójimo. Sólo así, considero, lograré la 'perfección' para *ser integral*, «completo» dentro de mi *totalidad espiritual*.<sup>27</sup>

Cabe la posibilidad de aceptar entonces que la *espiritualidad personal* no se deriva de la materia; el *principio de ser* es lo que, entonces, entenderé por

---

<sup>27</sup> Desde hace un tiempo he considerado que sólo en la integralidad, *en el todo*, sería la humanidad *encontrada ante sí*.



*alma* y el alma será substancial, independiente, sencilla; quiere decir que la que poseo no es un ser que existe porque sí o de otra cosa diferente; menos lo sería cuantitativa; la intuyo singularmente *cualitativa*—por encima *del ser* cuantitativo—. Este yo, con alma «encarnada», no puede ser identificado como una mera manifestación material, que dejará de existir cuando lo físico finalice, porque quiero creerme que seré una realidad [genuina] y que, por tanto, no desapareceré; como máximo, me manifestaré y operaré de manera diferente en yuxtaposición de lo que es exclusivamente material.

Así, Andrés—persona espiritual—, poseedor de alma, tuvo significado y valor ante sí. La razón afirmaría que el alma dentro del espíritu creativo que le conocimos, no dejaría de existir con su muerte física al momento del ‘desprendimiento’ de la conciencia físico-biológica.<sup>28</sup>

El alma de Andrés estaría, por así decirlo, en *estado inmortal*, a pesar de que su nueva condición no necesariamente la considero como una mera continuación del estado anterior, pero sí, probablemente, como *realización supratemporal* por el ‘sello’ espiritual que llevó puesto antes de nacer... sello que, me agrada pensar, mantiene y mantendrá en el *destiempo* de lo infinto.

---

<sup>28</sup> La metafísica supone que el alma es inmaterial y por tanto, sería imposible que el pensamiento / conocimiento pertenezca a la substancia material. El problema de los metafísicos consiste en definir lo «material».



El factor tiempo es intrínseco a lo que pretendo entender por «inmortal»; el tiempo se *desliza* entre la vida (como la siento e interpreto) y la muerte (como la anticipo, desconociéndola). Se *mueve* entre dos espacios (el presente, como lo percibo y el futuro como lo anticipo); el fenómeno sería, además, vehículo, porque, por éste, necesariamente se *recorre* una *distancia*, para alcanzar al referido estado de inmortalidad.

El trayecto es tan corto, como lo es mi mismidad en el [tiempo] y la energía—integrada por la *acción* en el alma-cuerpo-espíritu—en el tiempo presente, que, como en la gramática, se define por un *infinitivo*.

El fenómeno del tiempo está íntima pero relativamente ligado al alma y al espíritu; por esto pienso que en el surco del tiempo, con la tierra un poco mejor abonada, cosecharé mejor frente a la mudanza que Andrés realizó desde la carne<sup>29</sup>, «su cáscara», hasta su espíritu descarnado en su presente-futuro, cuando llevó a cabo su decisión.

Mi querido suicida arremetió en un instante de *su presente* inmediato en contra de la vida que, sólo a Dios y a él le pertenecían, habiendo, desde la

---

<sup>29</sup> Desde el referente bíblico, los conceptos carne y espíritu tienen un sentido puramente sobrenatural e histórico-salvífico: la carne significa la naturaleza pecadora y caída del hombre, mientras que el espíritu es el principio de la nueva vida de redención y de gracia, y en definitiva, es el mismo Espíritu Divino, que nos ha sido dado y habita en nosotros.

lente del alma, transformado su energía vital (espíritu) que, desde lo teológico, continúa, independientemente del acto suicida y que él lo entiende como «su metamorfosis».

Arremetió contra su estado físico con la ilusión de lograr otro estadio; lo que yo interpreto, en la fragilidad anímica de su vida, de alcanzar un absoluto.

El acto lo realizó a “*destiempo*», en contra del instinto de preservación (ley natural) y en contra del Mandamiento de la Ley de Dios, «no matarás», aunque su instinto de *no* preservarse en cuerpo, fue, en su estado de ánimo, determinado por el entorno y la naturaleza que lo caracterizó.

En sus posibles imaginarios, en determinado tiempo *pasado* planificó, es decir, *anticipó* su desprendimiento con un disparo al cráneo, asegurando un desprendimiento *ipsosfacto* de sí, para mantenerse, por así decirlo, en su ánimo, haciendo eco al espíritu ‘destrutivo’ que, lo impulsó, en uso de su libre albedrío, a semejante acción.

Ese tiempo pasado, al dar cabida a la *alternativa* de suicidarse, sin considerar tantas otras opciones para contrarrestar sus pesadumbres, fue, de por sí, un tiempo presente *extendido* porque la idea la planifica y lleva a cabo. Simultáneamente, al preservar la extensión de la idea suicida, se *anticipa* hacia el futuro (tiempo virtual, que tampoco existe, porque aún no ha ‘sido’) convirtiéndolo, en un presente



incondicional. Desde tal inmediatez continuada (en el tiempo), me resulta difícil comprender la *infinitud*.

A propósito del tiempo, ahora recuerdo un texto de finales de la década de los años setenta o comienzos de los ochenta cuando escribí en oda al factor tiempo. Quizá, al rescatarlo, en el contexto de éstas líneas, satisfaga el afán de canalizarlo y darle un propósito más contundente.

Reafirmo que «lo invisible es esencial a los ojos»<sup>30</sup>; hoy, estos pensamientos, se los dedico al espíritu de mi hijo en su *destiempo*:

#### Al tiempo

Perpetuo

Acompañante,

Invisible y

Real

Perseverante, marcas

Todo comienzo,

Todo final.

Incluyes distancia;

y en ella,

espacio:

Eras, siglos, épocas...

. . . toda edad.

En continuo movimiento caminas,

Despacio.

---

<sup>30</sup> Frase profunda de Saint Exupery, *El Principito* obra que, proveniente de un aviador suaviza el espíritu entre tanta temporalidad mundana y entiende el fenómeno de la vida «desde arriba».

La historia se registra  
en tu creatividad.  
Hoy es el mañana de otro ayer  
Por ser tu Presente  
Constante esclarecer...  
Suma sin resta—sin nunca morir—  
En tí solo puede ocurrir.

Perpetuo acompañante  
Verdadero. Esencial.  
Curioso proceso difuso, indiferente  
—Sobre y Natural—  
¡Silencioso...caminas incondicional!

¿ Nuestras vidas?  
¡Hileras de eventos!  
Sucesos...  
Idos y por llegar:  
Vividos en conciencia  
Son los cimientos  
Para un buen día  
Quizá, a tiempo, en Dios Despertar.

Quedo reafirmado en el butaco de lo eterno, más consciente del precipicio del Todo al exhortar sobre el *ser* ánima y el *ser* espíritu. De vez en cuando es bueno rescatarse y mirar en dónde es que no estuve. En la medida que irrumpo contra la ignorancia, me aproximo a otros fundamentos de la vida; brincan por doquier otros interrogantes tales como: ¿Por qué vivo o para qué nací? ¿Quien fui ayer, quien soy hoy, quién seré mañana? ¿Cómo soy y cómo puedo fortalecer mi espíritu mejor en mi calidad de persona, antes de mi final temporal? ¿Hacia dónde voy frente mi Gran Diseño o Misión, que aún falta por construir en el contexto, no solo en mi realidad físico-mental-temporal, sino además, proyectado hacia el más allá?



Estas preguntas invitan a pensarme o repensarme, a definirme o redefinirme, a descubrirme o redescubrirme... a construirme mejor. ¿serán tales derroteros, uno de los múltiples *paraqués*, significados, del suicidio cuyo legado es una herencia *alrevesada* que me impuso Andrés?

Con semejantes imponderables puedo hacer una de dos: buscar respuestas y entretenerme—con el rigor que exige la reflexión escrita, la investigación y la síntesis—así no pueda demostrar nada, pero eso sí, desahogándome; o, la alternativa insólita: seguir viviendo sin cuestionarme. Sí, mi yo ideal me invita a ser un ser «completo», con mentalidad abundante, es decir, abierto al aprendizaje y a las posibilidades dentro de tantas limitaciones; entonces, ¿no será ganancia no temerle a la duda con el debido respeto, quizá, para llegar a certezas?<sup>31</sup>

Me resulta amable considerar que fui, que *estoy-siendo-ahora*, y tengo la posibilidad de seguir siendo, aún sin comprender bien qué es ser (en alma y espíritu) inmortal y sin entender qué quiere decir «eterno» porque, a pesar de lo expuesto, me estoy sintiendo muy finito y con hambre. Todo esto me queda grande.

En el centro de todo, con este espíritu frágil, en calidad de vaso comunicante, mi alma sigue a tono

---

<sup>31</sup> Concepto de Ralph Emerson, transcendentalista norteamericano que escribe en su libro, *Walden Pond*, y dice: «si comenzamos con certezas, terminaremos en dudas; si comenzamos con dudas, terminaremos con certezas».

con la de mi hijo al que siento siempre presente. Qué castigo tan grande y con qué ilusión espero que llegue el verdadero perdón, al comprender su mal uso en ejercicio de su libre albedrío, que Andresito puso en práctica, para vivir muriendo.

Del Libro de la Revelación infiero que, en última instancia, tal realización será manifiesta ante la *totalidad* y la *culminación* de la condición humana.

Pareciera entonces que a la mera luz de la razón es difícil de demostrar la inmortalidad del alma; los argumentos a favor provienen, bien de temas metafísicos, morales o físicos; pero, son los Evangelios y éstos los que arrojan luz a la vida y a la promesa de la inmortalidad. Es cuestión de preferencia: creer o no en la vida después de la muerte...el péndulo sigue en movimiento.

Antes de iniciar con lucubraciones o incursiones sobre la fe y Dios: me resulta amable considerar que la inmortalidad es la madre del *alma* alojada en el cuerpo, y lo eterno, el padre del espíritu, alojado en el océano de Dios. Así, el alma y el espíritu, con la fe, pueden ser un poco mejor pensados, o por lo menos, mejor entendidos, con o sin, la pérdida de un hijo.

Así, quizá, pensar sobre el alma y el espíritu es paso esperanzador, expresiones adecuadas de la inmortalidad, de una dimensión *creatural*, energías que sobrepasan las esferas de lo filosófico y teológico.



¿Cómo suspender el interrogante de lo que no me alcanzo a imaginar como inmortal en mí y en mi hijo Andrés, sin primero pasar por una dimensión sobre lo que es natural—ante mi condición humana (finita y a la vez infinita)—y que me conduce a la afirmación crítica sobre la existencia de Dios?

Lo que está suspendido más allá de lo físico es núcleo recóndito, circunscrito a lo que es puramente metafísico y religioso; este último adscrito a la «esfera de la realización» (Kierkegaard) y la primera, a la esfera de la especulación. Son éstos, dos de los problemas humanos más complicados de resolver en función de la inmortalidad psíquica.

Estos dos problemas tienen estrecha relación con los seres que se nos fueron en uso o abuso de su libre albedrío y que, por el hecho de haber optado por el suicidio y cerrando así la puerta al arrepentimiento del acto, no dejan de ser parte de un proseguir, hacia alguna dirección evolutiva; y que la autoliquidación debilite la *unicidad* dentro del atavismo espiritual de su alma o lo que es, ante el acto, un atavismo a la inversa<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup> Lo que es atávico, en el uso del vocablo, procede del Espíritu. Al considerar que los conceptos o problemas de semejante altura (alma, espíritu y en ellos, la metafísica, religión o a la inversa), me brindan relativa seguridad con dosis de angustia por la propia inseguridad que siento ante éstos; dudo y por tanto, siento temor profundo ante la incertidumbre de no contar con algo concreto a qué sujetarme (por lo abstracto de las ideas) y más, cuando sé que lo físico (la vida tal como la reconozco) finalizará. El vacío es inmenso cuando medito que estoy íngrimo ante la «negrura» que cobija el misterio de la muerte; pero me alivia

entreteener que un poco de fe es el paracaídas que me brinda confianza cuando me corresponda saltar. En cuanto al marco de referencia físico-material, me reconozco mortal ya que el cuerpo está, inclementemente a los vaivenes de un deterioro continuo el que, con mi malos hábitos acelero (y al no ejercer la voluntad de dejar de fumar, lo que constituye una forma de suicidio), mientras que el alma, el espíritu y el intelecto (si es que son sustancias diferentes), están en procesos de transformación porque soy pluridimensional. De tal forma, quizá intuitiva, reconocería que existe particular «energía» que me define, que me mueve con ciertos rasgos; esas luces pertenecen al alma, dentro la totalidad de un espíritu sujeto a otros imponderables como la existencia, el tiempo, el ser y los ángeles. El *yo-ser-intuitivo-consciente-individuo* me permite singularizarme en el *yo-ser acción-en-el-tiempo* y más, cuando reconozco que parte de mi alma, en lo atávico, es, de una manera inversa, consecuencia de la muerte de mi hijo Andrés, quien entró primero al ámbito espiritual. Sobre la fe atávica, considero que Andrés sí murió con la esperanza de transformar su realidad porque así lo expresa en su nota final. La esperanza (fe) es otro concepto humano-universal y su «realidad», ante el suicidio, es válida en cualquier doctrina. Finalmente, conviene aclarar que lo que es metafísico (rama de la filosofía que da tratamiento al pensamiento abstracto o temas particulares y que incluye la ontología y cosmología), tampoco se limita a un dogma que incluya la condenación.



### Capítulo III: Sembrando el barbecho

#### (IncurSIONES SOBRE LA FE)

En un sentido amplio, el concepto de tener o sentir fe, implica *aceptar* lo que una persona dice porque se confía en ella. En consecuencia, la fe siempre involucra una relación entre los interlocutores, que se mantiene, o se derrumba, ante la credibilidad, la confianza, la propia fidelidad que da, a su vez, pie para la lealtad.

La fe difiere del conocimiento, el que, de alguna manera, puede ser comprobado en particular, por las ciencias exactas. Desde los puntos de vista de la religión, el filosófico y el teológico, será bueno reafirmarme que, desde tales referentes, mi fe está circunscrita dentro del contexto judeo-cristiano, analógicamente.

Es aquí cuando pienso que creo en selectas personas y en el Dios en el cual creo, y más, desde luego, cuando Él se me revele directamente, considerando que no es común que un individuo y como yo, sea recipiente directo de Su revelación y que, por otra parte, crea en los testigos por el Señor seleccionados.

La fe cristiana trabaja con unas características formales. Entiendo que la diferencia fundamental es que, desde la fe, las entregas de Dios a la persona privilegiada no son mera información, menos, cuando Dios es el motivador principal—externo del

sentimiento de fe—; tal posibilidad sería conocimiento. A su vez, la entrega en fe apela a todas las dimensiones de mi condición humana para que, en última instancia, yo se las atribuya a Dios; tal culminación sería, de por sí, una entrega de amor verdadero.

Dios se *revela* a Sí Mismo y de tal forma, Su mandato se dirige hacia Él. En tal sentido, Dios exige toda vida posterior, así una de sus criaturas (y me refiero al caso de Andrés) haya saltado hacia la muerte física, al poner un trueno entre los oídos y, en *nano* segundo, un proyectil en el cerebro. Ante semejante disparate, Andrés no afirmó o negó su ideario, y quiero pensar, que, de alguna manera tuvo fe en Dios.

Creo que Andrés, hubo de tener fe terrenal, la que se llevó consigo a su imaginario de su «más allá». Lo afirmo por los sentimientos y pensamientos, coherentes que él socializa.

Me baso en su escrito de despedida, o a lo que comúnmente se le denomina 'nota suicida'<sup>33</sup>, Andrés, en ese su último testimonio, confirma, es decir, interpreto que tuvo relativo sentimiento de fe

---

<sup>33</sup> Los textos de las notas suicidas son sensibles al problema de la parca información que las caracteriza, por extensas o cortas que estas puedan ser. Se prestan, por lo general, para ser pobremente comprendidas. Son diversos los mensajes que se pueden interpretar «entre líneas»; la caracteriza la «descomunicación»; la intención de éstas no siempre se deja entrever con claridad, además de las consecuencias emocionales que éstas tienen sobre los allegados ante la radical ausencia del autor.



sobre lo que para él representó, en su mente, su inmortalidad.

En su muy singular estilo expresa (entre otros sentimientos):

*«...Aspiro<sup>34</sup> que sea tal como una cometa que de repente rompe su cuerda [...]*

*...siendo el vivo deseo de elevarse más arriba al soltar los lazos que la restringen...»*

Andrés *sujeto* se identifica con el *objeto* «cometa» y la intención no es, como afirma en esa misma frase, de:

*«autodestruirse o hacerse daño a si misma, o al piloto...siendo el vivo deseo de elevarse más arriba».*

De su alegoría interpreto que el «*piloto*» es, de cierta manera, su alma, su espíritu; a veces, interpreto que la «*cometa*» es su cuerpo. Aparentemente, Andrés no le asigna valor o significado a su cuerpo ya que, para él, no le resultaba imperativo desposeerlo y continuar sin éste; sí deja entrever que, días antes de su muerte, se sintió esperanzado de «*elevar más arriba*» su alma, su

---

<sup>34</sup> Refiriéndose al acto suicida en el que está próximo a incurrir. Por la introducción a su carta pienso que fueron dos o tres días antes cuando redacta el texto; intuyo el alto grado de tristeza y, a la vez, de alegría de incurrir en el acto, para Andrés, su única posibilidad.

espíritu, su ser, o, como Andrés menciona: su «piloto».

Su escrito constituye un acto de valentía, es su *requiem*, se convierte en testimonio y, a la vez, en testamento. Que lo haya escrito es loable y de cierta manera, generoso. Su redacción, admirable y considero que su mensaje no me deja ciego, pero sí, tuerto, con catarata, por el resto de mis días.

La nota comienza, como quien escribe un diario:

*«Hoy es martes a comienzos de febrero.» Un poco después será lo que es».*

*«Me siento mejor al leer esa afirmación de mi propia mano; parece más concreta que los pensamientos y exhortaciones que han resonado dentro de mi mente durante tanto tiempo. Algo parecido al alivio es lo que siento al anticipar la pequeña y corta diapositiva que los próximos días traerán consigo».*

Su mensaje de 1.117 palabras en 30 párrafos, es, de mil maneras, poético. Constituye un tesoro escrito. Como todo regalo, haberse tomado el esfuerzo de redactarlo para compartirlo es, de por sí, un acto de amor.

Andrés se aseguró de que su nota sería leída. Lo que creo que no pensó fue que sería mil veces releída y otras tantas, reintrepretada; creo (en fe) que su intención fue noble: pensaría que con ella aliviaría el dolor, sin considerar que su mensaje, y lo que es más transcendental, que él—en una sola entidad—



se perpetuaría en desconsuelo por el resto de mis días...y que, en la fe, la nostalgia perduraré, si es que, en tal estado, no se da la reconciliación espiritual.

¡Qué castigo ajeno, por ahora físico, que duele como si fuera propio y, peor, que no sé si será perenne!

Deseo contar con fe profunda que el castigo, por así calificarlo, se levantará cuando yo expire.

Conversamente, no puedo dejar de pensar en el egoísmo de su acto suicida, acto premeditado que raya en cobardía; cierra su vida sin valorar el amor del que Andrés fue fruto; califico su acto suicida como una acción desconsiderada ante sí misma, máxime al contar con tantos atributos, tan especiales; la carta de despedida en gran medida compensa como quizá así lo consideró, perpetuando su presencia por medio de ésta; por más generoso que considere su noble esfuerzo, aun considerando el hecho de que yo sea parte del objeto de su regalo, me es complicado dejar de pensar sobre el acto de huírle a la vida y que él forjó, habiendo meditado, o no, sobre las heridas profundas que nos dejaría a quienes lo amamos.

Su deseo de fugarse de la existencia se presta a interpretarlo como una búsqueda de libertad, en el pleno ejercicio de su libre albedrío, sin haber medido el egoísmo y lo doloroso que es la esclavitud psicológica con la que nos deja; su nota, por más sentida y bella que sea, jamás compensará la inseguridad y asombro que a diario confronto. Por otro lado, agradezco que la hubiera escrito porque,

de lo contrario, hubiéramos quedado ciegos, con mayores inseguridades y quizá, con sentimientos de culpa más profundos. Con ella, de cierta manera excusa su acto, compensa, ablanda los sentimientos, explica y se entrega en las palabras que hoy son, su epitafio.

Sus líneas dejan muchos espacios abiertos para la interpretación con el juego de las palabras que domina; en el contexto general, percibo el dolor y que abraza la idea de finalizar con el sufrimiento, en busca del descanso que ahora. Su sentir es transparente, la construcción y el tono con que se expresa, dejan entrever con claridad su percepción, en lo particular, cuando a cada uno de las personas que amó, nos dirige un párrafo.

Hacia el final reafirma:

*«Permítaseme asegurar de nuevo que no le estoy dando la espalda a la vida o la familia y amigos. Estoy acogiendo libremente las posibilidades de lo que está en el más allá».*

Y volvemos a la fe.

No tengo motivos para no otorgar a su escrito la credibilidad que merece, máxime cuando Andrés no decía mentiras; quiero creer porque creerlo me alivia. Me gusta su imaginario, *«elevarse más arriba»*; para mí, esas palabras me dan ánimo, me fortalecen porque los dos vocablos, *«más arriba»*, representan que murió con esperanza; esperanza de llegar a otro



estado más agradable, misterioso. Pienso que morir con esa idea, con ese sentimiento, constituye un acto de fe y quizá, en Dios, resulte valiosa su honestidad, su sencillez, su ignorancia, su pésima decisión; lo perdona, *versus* otras almas que vivieron en el crimen, en la mentira, en la hipocresía, en la incoherencia entre lo que pensaron, dijeron e hicieron.

El nivel de conciencia ante los movimientos que con fe realiza, tanto de la idea original—con los referentes a las dos alegorías: la cometa y el piloto de la misma—, la socialización consciente del imaginario, el apoderamiento (apropiación) del acto *anticipado*, dejan entrever su deseo en forma de súplica, cuando posteriormente escribe:

«...verdaderamente, por favor siéntanse felices por mi. *Estoy donde yo escogí estar*».

Solicita que se le respete la decisión y al referirse al concepto de felicidad, se refiere a un sentimiento que él no posee; osadamente solicita (pide el favor) sin considerar la dificultad que tendríamos para sentirnos felices por él ante su desaparición voluntaria.

Cuando afirma: «*estoy donde yo escogí estar*», su referente es el uso, o *abuso*, del ejercicio de su libre albedrío; el extremo máximo al que puede llegar una persona: determinar, de forma calculada, vivir o morir; en fin, al decidir sobre la segunda

alternativa, anticipa que su «*piloto*» llegará a un '*sitio*', a un lugar en donde el desea seguir siendo.

Es un consuelo, tonto quizá, tener presente que Andrés, por lo menos, hizo eco de su ser, de su cometa o piloto, con prospectiva de situarse en otro estado, en otro lugar...en otra naturaleza; en ciertos sentidos, me tranquiliza saber que antes del hecho fatal se percibió continuando en otra dimensión vs. el imaginario existencialista de la Nada. De cierta manera, su mensaje final hace relativo eco de las reflexiones que expusiera arriba sobre el alma y el espíritu.<sup>35</sup> Ahora descubro el porqué de mi afán por entender un poco más sobre esos conceptos. Sé que estoy ávido de más fe para pensarlo bien, aunque a mi querido suicida, en el alma, lo siento bien..., respeto y acepto, a regañadientes, su decisión.

Creo que Dios se manifiesta como Amor y como un último fin, es decir, que en Él, no finalizaré, ante el concepto de la eternidad (lo que resulta supernatural); ¿Cómo en mi finitud, con o sin fe profunda o superficial, puedo entender la eternidad? Es Dios, en consecuencia, la última razón de mi *ser*, *principio en la fe*; es en Él en quien está puesta la esperanza (perfecta). Lo anterior es mental y está netamente condicionado al temor, es también, un efecto de la educación religiosa.

---

<sup>35</sup> ¿Será que su nota suicida (despedida ambigua en muchos sentidos) es la que yo interpreto, o será que su nota es una interpretación de mí y de aquellos a quienes se la dirige?



La fe como acto o el acto de fe se refiere meramente al intelecto, a lo que es mental. Es abundante lo escrito (Santo Tomás, entre otros) sobre la teología fundamental que versa sobre las «precondiciones» de la fe donde se distinguen determinados elementos en tales precondiciones y dentro del *acto de fe*, así:

- i) el juicio intelectual sobre el hecho de que la Revelación es creíble;
- ii) el juicio del intelecto que dice que tenemos la *obligación* de creer;
- iii) que es un ejercicio cognoscitivo en cumplimiento de las precondiciones de fe por lo que constituye el libre uso de la voluntad, la que dirige el intelecto de asentir o no; y,
- iv) el asentimiento intelectual como acto verdadero de la fe.

En el plano neurológico (pensando con el hemisferio izquierdo) resulta, entonces, complejo internalizar racionalmente la *fe*, con las precondiciones que exigen los idearios tan bellos del alma y el espíritu y de Dios (pensando con el hemisferio derecho).

Una fe debilitada es andamio que sostiene con mediocridad el sentimiento amorfo que se resume en una especie de tristeza-alegre, por la ilusión

ambivalente de que otra vida u otro espacio pueden existir; es agradable pensar que ese otro estado será, un tanto mejor que el actual. Semejante soporte tan relativo y precario, gira, necesariamente, por medio de un eje invisible: la teología, raíz que promueve la fe, siendo que la fe, a su vez, es la piedra angular que proporciona soporte a la propia teología: el creer en Dios, en Su palabra, por la esperanza que soy algo más que una simple dimensión humana. Reafirmo que Andrés fue «creado a imagen y semejanza» de Dios, que su acto no le quita mérito para trascender, con la cometa y su piloto, en la Promesa de Vida Eterna.

La fe verdadera requiere de *obediencia*; también necesita de la *gracia*, como la que demuestra la bella historia de Abrahám, padre privilegiado, quien acata la orden de sacrificar a su único hijo, Isaac; si tal acto, sin la intervención divina se hubiese realizado, el crimen, o sacrificio, ante los ojos de Dios, creo, que también hubiese sido agradable a Sus ojos, porque se hizo Su voluntad. En tal escenario, ¿Cómo habría vivido Abrahám el resto de sus días? Quizá, en su fe profunda, hubiera aceptado el hecho sin malestares ya que, supongo, él habría continuado teniendo el privilegio de continuar conversando, «en vivo y en directo», con Dios. ¿Poseo la fe o la capacidad de imitar a Abrahám y así, aceptar el 'autosacrificio' de mi «Isaac», «soltándolo» sin cuestionamientos ante la Divina voluntad? No queda más remedio que aceptar, a regañadientes, lo que



así fue en el pasado que es, en la memoria, un presente continuo.

Percibo que en estas cuestiones de la fe, la obediencia y la gracia, no estoy suficientemente fortalecido, y siento ahogarme en aguas de incertidumbre.

Reconozco que son atrevidas las dudas aludidas sobre la teología—como la desentiendo, como ciencia y por mi fe debilitada—, no tanto por mi intelecto, sino por el sentimiento que hoy no siento, como cuando sentí, cuando engendramos a Andrés.

Doy manotazos en intentos de respetar la desaparición voluntaria de Andrés, *libremente* aceptada ante sí y minuciosamente planificada, autónoma y racional, como infiero de los textos coherentes de su escrito final.

Quiero creer que Andrés dio rienda suelta y construyó significado en el más allá cuando trabajó su calculado y sigiloso proceso de muerte<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> La muerte es un evento que involucra nuestra *totalidad* porque en condición de humanos somos, simultáneamente, unidad compuesta de naturaleza y a la vez de *persona*, es decir, somos seres que existimos previamente a nuestra libre elección *personal* y sujetos a determinadas leyes y a selecto desarrollo; conversamente, disponemos libremente de sí para ser lo que en última instancia deseamos convertirnos—en pleno ejercicio de nuestro libre albedrío—. Al explicar la muerte como un evento de universalidad indisputable—biológicamente, natural y *profundamente* personal es la que nos proporciona la fe al verla como «la catástrofe moral de la humanidad» (Rom 5). Tal base teológica, por sí misma, alimenta la certeza que en todo tiempo venidero la necesidad o requisito de morir continuará gobernando nuestras vidas y que ésta es «la separación del cuerpo y el alma» como reza el pensamiento tradicional Cristiano.

La fe, entonces, cobra significado cuando finaliza cualquier tipo de razonamiento. La fe implica creer; tal es la creencia que ella nos confronta con nuestro imaginario supremo, llámese Dios, cuya esencia garantiza solidez ante mi fragilidad y temporalidad mental; Dios es el eje transversal de innumerables argumentaciones, entre tantas otras que tienen su inicio en la fe.

Los argumentos básicos: que Dios existe, que está vivo en nosotros, son de carácter ontológico, cosmológico, teológico, o argumentos de diseño, morales, de consenso humanitario o relacionados con el instinto religioso y, aquellos relacionados con las «experiencias religiosas».

Sin fe en Dios, en su mensaje y, por qué no, sin fe en mí—en calidad de sujeto (*enfermo*), se me recuerda que soy hijo de Dios, como así me lo aseguran las Escrituras; obviamente, estoy en circunstancias diferentes a las de Andrés en lo moral y ante la Ley de Dios—. De tal forma, sin fe, no me será posible cruzar el puente colgante que me lleva a la inmortalidad; tal estado sería alcanzable por medio del alma que me rige acá, dentro del Espíritu que *todo* lo gobierna.

¿Puedo tener siquiera un pelo de la paciencia de Job o la fe de Abrahám y podré comenzar a dejar de cuestionar mi fe en Dios todo misericordioso?; ¿Debo creer que el suicidio es un castigo eterno de Dios?; ¿Será que los que amamos al suicida



pertenece a las aguas de incertidumbre, del purgatorio por un lapso que no me puedo ni siquiera imaginar? ¿Proseguiré en este limbo?, ¿Será que debo identificar mis culpabilidades por algo que hice o que dejé de hacer, consciente o inconscientemente, para encontrar alivio?, ¿Será que, si no siento culpa, no soy tan bueno o, será que soy un gran irresponsable e intrépido por hacer estos planteamientos?, ¿Me rescataré ante mí y recuperaré, en parte, las alegrías espontáneas que me distinguían antes de la presencia inaudita y mordaz de la tragedia, la que a veces se disipa cuando—como una vez me enseñó mi padre— me «ocupo y no me preocupo»? ¿Cómo he de rescatar el significado de la vida en lo bello de la misma con el recuerdo permanente de su violentada ausencia voluntaria?, ¿Será que el tiempo sí cura la herida; y si la cura, cómo quedaré ante mi *mismidad*?, ¿Será que su suicidio tiene, ante su irrespeto por la vida, un castigo eterno para su alma, parte intrínseca de la mía, de mi raíz, de mi rama?

Después de lo vivido (desagradable por los niveles de impotencia y con intentos de rescatar la humildad), sería aún más insolente preguntar con cabeza fría si esa persona, por medio del alma y el espíritu, se encuentra «bien» en ese «otro estado», porque, en el fondo, no hay nada más grande que el amor de un padre o madre por el bienestar de su hijo.

En resumen, quizá a quienes son un poco más versados en estos temas del dolor humano, de la muerte y de Dios, no les resulte efímero o grosero si

cuestiono mi cuota de fe para volver a creer y, a la vez, sentir el temor a Dios por haberlo cuestionado, desobediente de su Primer Mandamiento y si es que, de verdad, me estoy rescatando como corresponde y como me vengo sintiendo y pensando ante Él.

De tales interrogantes, afirmaciones, conceptos o ideas sobre el alma, el espíritu, la inmortalidad, la fe y Dios, afloran determinados sentimientos de los que brotan imágenes difusas.

Los dos conceptos (alma/espíritu) van de la mano; estarían, por así decir, unidos y para ser modernos, *integrados* porque son parte de la realidad y no lo son porque están y no están siempre presentes; no son fácilmente demostrables. Confunden por ser enormes, vastos, para nuestra singular pequeñez y, en particular, nuestra limitadísima comprensión de lo que llamamos inteligible.

Así que, el significado del alma infinita y del espíritu inmortal serían consolidados por ser, como dijo Kierkegaard «*los últimos estadios que preceden inmediatamente a la fe...paradoja de la vida*».<sup>37</sup>

Son extensos los embrollos filosóficos y para mí la confusión de los conceptos; pongo en duda que

---

<sup>37</sup> Kierkegaard, Soren ; *The Sickness Unto death: A Christian Psychological Exposition for Upbuilding and Awakening*, Ed. Hong, Princeton University Press, New Jersey, 1983.



los grandes pensadores (filósofos y teólogos entre tantos otros en disciplinas conexas) que ha producido el mundo occidental y oriental son «dueños»—aún de verdades parciales—en intentos de explicar con transparencia el alma, el espíritu, la inmortalidad, la fe o Dios.

Estoy desnudo. Siento frío. Estoy paralizado cuando pienso en todo este rollo de teorías y de enfoques. La realidad es que el cuerpo de mi hijo murió. Para colmos, pésimamente muerto y yo, amándolo más que mi vida. Atravieso, en la soledad, montañas andinas de nieve perpetua, buscando un valle con una flor que me alivie con una respuesta asertiva, clara, sencilla, amable, que brinde tranquilidad, que me colme de más fe y esperanza, que me sitúe en espirales más altos de conciencia.

Constituiría un acto de soberbia y valor intentar abrir semejantes espacios, ante las inmensas *imposibilidades*; son múltiples las limitaciones que me agobian. En fin, ganaré si me sigo aproximando con humildad; nada perderé fuera del tiempo y en él, el esfuerzo para volver a comenzar.

Así, y con esos breves antecedentes, desde el calidoscopio del día a día:

- cuando la angustia psíquica de la tragedia comienza a desvanecer y cuando toco fondo de tristeza;
- cuando a la impotencia le pongo inyecciones de anestesia;

• cuando el dolor, «a flor de piel», lo duermo temprano y a veces, hasta la saciedad por la necesidad de aislarme de mí mismo, por la tristeza, que en términos generales se le llama depresión—que *convida* a la muerte—;

• cuando la confusión impera, al entretener el sentimiento de culpa ajena, y cuando me percató que hice lo que mejor que supe hacer ante la circunstancias de su vida adulta;

• cuando la ira en contra de mi creencia tan personal y efímera de Dios, por permitir el «descalabro» la reemplazo por la resignación de aceptar «Su Voluntad», entre tanta duda y con fe debilitada;

• cuando *medio* levanto la quijada ante el gran porrazo, en parte recuperado por la justicia del proceso del duelo y que, aunque la herida no sanará completamente, éste se hace interminable ante los cínicos prejuicios sociales que, por ignorancia optan por no hablar del suceso o de la víctima—como si nada hubiera pasado, o como si la víctima no hubiera existido—son hechos que no ayudan en la sanación;

• cuando perdono o «suelto» al ser ausente desde el referente: «ya no lo veré o compartiré más con él»—«porque no hay remedio»—en particular, cuando *acepto*, a regañadientes el hecho;

• y así, cuando he, *medio* despertado de la pesadilla—que se confunde con la mismísima realidad—y así, cuando asumo la actitud de sacudir



el malestar y aborrezco los cómodos roles que claman superficial reconocimiento en la insólita necesidad de que me expresen «lástima» por parte de allegados (sentimiento que es el que más lastima emocionalmente y es una manifestación externa que insulta la inteligencia), y,

- cuando la consternación del acontecimiento es un recuerdo agudo y a la vez, tierno, entre los días arropados por las obligaciones, cuando las prioridades me distraen;

... sólo después de permitir que tales procesos sigan su rumbo, cuando les doy permiso, quedo aliviado, pero con un mar de dudas. Desde esta plataforma es cuando comienzo a trabajar en la verdadera recuperación; en el proceso de sanación, aunque carezca de respuestas.

¿Qué propósito o significado representa esta crisis en mi vida?; ¿Dónde es que no estoy ante mí y los seres que me rodean en función del destino que yo forjo o inspiro a forjar?; ¿Qué actitud de vida debo tomar y cómo puedo ser mejor persona y crecer?

Ante la ausencia (física) de Andrés, la fe es el pilar fundamental para producir el cambio de actitud y para poder confiar en una transcendencia dentro del más allá, sin dejar de ser quien he decidido ser. Es *la* plataforma para continuar mi proceso de desarrollo. Crecer. He aquí el desafío.



# GEOMETRIA



Dibujo (Geometría) a mano alzada de Andrés tomada de su "bitácora" sobre el tema "Estructuras", 3er. semestre de Diseño Industrial, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá. 1995. Son más de 50 dibujos a color sobre el tema elucidando la tarea.



## Capítulo IV: Deshierbando la siembra

(Abstracciones)

### Aproximaciones filosóficas.

En la juventud aprendí que la filosofía es «...la ciencia de todas las ciencias conocibles por la *razón humana* que investiga la verdad y los principios del ser, del conocimiento y la conducta...inspirada por la fuente de la luz natural...».

Llevé tal definición a la universidad (y que hoy, entiendo, continúa en proceso de construcción) y, en ese y otros contextos, tampoco la cuestioné ni profundicé en la pregunta: ¿qué es y cómo trabaja la filosofía?<sup>38</sup>

Hoy, en las circunstancias emocionales en las que me encuentro, más que nunca, comprendo que las definiciones limitan: lo que se propone definir está limitado por la valoración subjetiva y parca, con marcada tendencia de dejar de lado conceptos afines, máxime por la *inter* y la *transdisciplinariedad*. Hoy, la «*conciliencia*» cobra importancia<sup>39</sup>.

---

<sup>38</sup> Ortega y Gasset ofrece unas lecturas amables en once lecciones finalmente compiladas en su totalidad en 1957 bajo el título: «*Qué es filosofía?*» (Editorial Espasa-Calpe, S. A., Madrid, España) dictadas en 1929 en la Universidad de Madrid y que por su dimisión de esa institución, lo obligaron a continuar trabajándolas en la «profanidad de un teatro», las que posteriormente fueran publicadas (tan sólo las primeras lecciones) en el diario *La Nación* (Argentina) en 1930 bajo el título general «*¿Por qué se vuelve a la filosofía?*».

<sup>39</sup> Vocablo proveniente de conciliar; sistema que versa sobre la unidad del conocimiento entrelazado por explicaciones causales entre las disciplinas (Edward O. Wilson, *Consilience*, Alfred A Knoff, Nueva York, 1998).

Después de la tragedia, he tomado con mayor interés los alcances de la filosofía. Son sorprendentes los mecanismos de la razón humana y el rigor que la ciencia exige.

Entendería que para hacer filosofía requiero ser, en primera instancia, filósofo. Al ponerme el sombrero de tan vasta y contundente profesión / vocación (ya que el título universitario no me hace tal), me armo de coraje para entender un poco más, de cada vez menos, en el contexto del fenómeno del suicidio; el desafío consiste en conciliar las diversas plataformas en evolución y, en ebullición.

Dentro de la «ciencia de ciencias» aventuro a formular cuestionamientos, desde la lente de la ética, la metafísica, el panlogismo, la lógica y otros campos afines a la filosofía, como son la teología o la antropología, mientras que yo ni siquiera sé *qué es el hombre* y mucho menos, estoy en capacidad de explicar por qué ni para qué vivimos «puestos» en este mundo y menos, ante el referente, la idea o la propia fe en Dios que la teología plantea.

Sé que doy manejo a mi vida por medio del libre albedrío y en ella, a mis acciones; la vida se me define mientras tomo decisiones; sé que poseo la libertad de pasar juicios (arbitrarios unos, y otros no tanto) o realizar lucubraciones filosóficas y así, llevar a cabo selectos procesos de razonamiento, dentro de la lógica que me puede distinguir, ya sean éstos superficiales, especulativos o imprecisos.



Soy, de alguna manera, filósofo; particularmente, cuando la vida me presenta circunstancias complejas, vicisitudes todas ellas para aprender a manejar o pensar mejor el dolor, la desesperanza, el temor, la frustración, la tristeza, la impotencia, o en su efecto, maximizar mi bienestar ante el sentido que le doy a mi vida por medio de: la alegría, la esperanza y la capacidad de potenciarme cada vez mejor, más inteligentemente, con idearios y en rumbos mejor definidos, de estabilidad emocional.

Ahora que comienzo a asignarle más importancia a la filosofía y a su función actual en mi vida personal y profesional, me percato del impacto que tienen los condicionamientos bi-culturales, cuya cuna es la civilización occidental a la que he estado expuesto durante mi trayecto.

Reconozco también, una marcada tendencia a categorizar, a clasificar actividades entre lo bueno y lo malo, lo sagrado y lo profano, el cielo y el infierno, lo finito y lo infinito, y así, clasifico inadvertidamente a las personas o los hechos; por ejemplo, a las personas entre casadas o solteras, entre honestas o deshonestas, entre profesionales y no profesionales, entre charlatanes y profesionales, entre suicidas y no suicidas, o bien: bienestar, vs. malestar, inflación o deflación, etc.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> No me considero maniqueísta porque no puedo afirmar la existencia de dos principios eternos, el Bien y el Mal o la Luz y las Tinieblas, en lucha permanente,

Para lidiar con las dualidades, me sitúo suspendido como si estuviera tambaleante en un puente colgante con su precipicio y abajo, el río de la muerte con su cauce; el puente, suspendido entre las dos orillas dicotómicas representa las ceremonias, las bendiciones, los actos de género, los rituales— todos ellos característicos del legado cultural que claman mi participación o los que yo propicio—. Los algoritmos mentales se convierten en el pasamanos del puente colgante y tambaleante y, con un falso sentimiento de seguridad, ante las ráfagas del libre albedrío, me sostengo ordenando y clasificando o, reclasificando, mis percepciones ante las ideas y las acciones que realizo entre tantas dicotomías.

Algunos rituales, por ejemplo, la eucaristía, a veces me reafirman; me nutren para sosegar, o bien, reflexionar ante las dualidades que a diario confronto; en otros, me deleito, como homenaje a Jesús Redentor. En otras ocasiones me obligo a participar, por aquello de los compromisos de rigor,

---

binariedad de un dualismo que racionalmente (por la luz de la razón humana o natural) excluye la fe porque, tal conocimiento, es, con frecuencia oscurecido y desfigurado por el error. La fe confirma y esclarece la razón para la justa inteligencia de la verdad (ref. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1993, Conferencia Episcopal de Colombia-Librería Editrice Vaticana, pg. 17). La crítica agustiniana en contra de la teoría de dos voluntades, dependientes de dos principios opuestos, va enderezada contra los maniqueos (habiendo él sido uno de ellos); dice que: «...si hay tantas naturalezas opuestas como voluntades en conflicto consigo mismas, ya no serían dos sino muchas más...» (Ref. Capítulo X, *Rechazo de la Tesis Maniquea de las dos naturalezas* en las *Confesiones*). Utilizo acá la binariedad dentro de un contexto amplio que en la crisis espiritual que afronto hoy, requiere definición ante la toma de decisiones en el ejercicio de mi libre arbitrio.



aunque no esté anímicamente preparado; pero, por lo general, la Palabra invita a la reflexión auténtica. Estoy de cierta manera, suspendido en procesos de análisis, eligiendo la manera de rehacer nuevos mapas para mejorar mi humanidad y aliviar, a veces, el peso de la incertidumbre, buscando conformidad con mi conciencia.

Voy forjando mi destino (lo que en ocasiones pienso que logro), y a veces, retiño en los viejos mapas, rutas atávicas cuyos fundamentos de la herencia biológica y espiritual, intuyo, necesito reafirmar; las necesito por crearlas indispensables en el legado cultural de mi descendencia<sup>41</sup> y como agua para el alma, en el contexto de mi ascendencia.

El concepto de la vida, como la estoy repensando o aprendiendo, y que ocupa una de las razones de este escrito, pide, a gritos, la comprensión de la muerte; para resolver éste último, abro, convenientemente—por temor—el portón de la vida eterna. Dentro de semejante imaginario, taxonómicamente estructuro la eternidad en: cielo o infierno, y con la ayuda de la fe como un acto del intelecto, con base en la narrativa voy caminando

---

<sup>41</sup> La escuela estructural sugiere que el instinto binario se canaliza mediante la interacción de reglas o normas; la escuela fue establecida por el antropólogo Claude Lévi-Strauss, entre otros. El enfoque es consistente con la panorámica de la mente y la cultura que surge de las ciencias naturales y de la antropología biológica, el que se ha debilitado por los desacuerdos de método para realizar los análisis y la falta de conectividad con la misma biología y la psicología cognoscitiva.

entre las dos orillas poniéndole religión a mi filosofía de vida. Es un deporte mental construir para derrumbar lo que amerita reconstruirse, aprender y desaprender para escribir en una hoja en blanco.

Los opuestos están eslabonados en combinaciones varias y profundamente arraigados entre sí, con las que, presumo, comparto, en mayor medida con mis almas afines. Estoy entrelazado, integrado en y con ellas, y en particular, con la de Andrés.

Las dicotomías son contradicciones mentales, las que resuelvo por medio de narrativas míticas; les doy tratamiento ante el misterio de mi existencia, y, logro identificarme con el (gran) valor que Andrés le asignó a su desprendimiento voluntario *versus* la vida que sólo a Dios y *en él* le pertenecía.

Me resulta difícil dejar de pensar en los posibles escenarios que Andrés lucubró ante su contundente toma de decisión y así, del «ritual» solitario que preparó cuidadosamente para efectuar la transición entre la vida y su muerte física.

Me asaltan ideas desordenadas sobre los procesos que Andrés incurrió para elegir entre tantas opciones y, dentro de éstas, seleccionar la mejor alternativa, para llevar a cabo el plan; lo anterior incluye el día, hora, lugar, coordenada, la nota y otros detalles, habiendo creado con buenas dosis de imaginación, genuina ceremonia, su sigiloso ritual con



humildad narrativa.<sup>42</sup>

Pareciera absurdo, aquello que es contrario a la razón, que me sienta inclinado a pensar sobre los hechos e interpretar los procesos emocionales y cognoscitivos que Andrés tuvo ante los múltiples binarios que, de otra manera, hubiesen tenido otro desenlace; los que pudieron haber sido, evitando la tragedia. Siento que los soportes del puente se debilitan; me visualizo sujetado al puente descolgado de un solo lado del barranco.

La curiosidad me motiva a volver a mirar, con ojos de sorpresa a la filosofía de lo absurdo o lo que es ilógico. El proponente principal es Camus, y lo absurdo es la consecuencia de dos puntos de vista que entran en conflicto, cuando se estrellan. Sería

---

<sup>42</sup> Andrés estaba, como yo lo he estado gran parte de mi vida, consciente de las múltiples entradas y salidas que la existencia impone a diario, en selectos espacios, en determinados momentos. Si conozco el alma que distinguió a mi hijo, los detalles a los que les prestó su debida atención tuvieron un significado especial para abandonar, con su estilo propio, su condición física—como es de suponer de un suicida que premeditó el acto dándole rienda suelta a lo que yo considero como ilógico—. Verdaderamente tomó la vida demasiado en serio por la sensibilidad de su carácter, de su temperamento. No me refiero a los niveles de frustración personal, sino a las decepciones de quienes el confió, ingenuamente, como un tonto, parte de su ideales. Seleccionó hermoso paraje en el vasto parque histórico ubicado en Virginia del Norte (parque nacional) donde acontecieron las dos Batallas de Manassas (la Batalla del Norte, conocida como la *Bull Run* y la del Sur, la de *Manassas*, ambas de la Guerra Civil de los Estados Unidos [1861-1865]). La Batalla de *Manassas* marcó el final de la guerra en la que perecieron más de 4.500 soldados. Intuyo que mi hijo vislumbró el acto como heroico, en parte, en protesta al sistema de su país natal y a las circunstancias de su vida afectiva que sufrió con su pareja, su compañera, *su amor de vida*. Juventud + idealismo frustrado - apoyos emocionales = desenlace trágico o suicidio. Pienso que más adelante conviene profundizar en la fórmula.

absurdo ignorar las dudas y temores que me asaltan desde su desaparición. De antemano sé que no las podré evacuar o superar satisfactoriamente. Por regla general siempre tomé el mundo de las ideas en serio, a pesar de los estrellones, los absurdos y las contradicciones padecidas en carne propia.

En defensa de lo absurdo, es afirmación camusiana que: «no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio».

El postulado sugiere que cuando se pasa juicio sobre si la vida vale la pena vivirla, es, de por de sí, responder a la pregunta fundamental que la filosofía se formula<sup>43</sup>.

Si existe un sentido filosófico de lo absurdo, éste provendría de una percepción universal, condición que clama diferentes puntos de vista *vis-á-vis* la seriedad o significado que le asigno a la vida y, por qué no, a la posibilidad perceptual de considerar que soy un ser arbitrario. Sólo yo poseo la capacidad de darle, o no, sentido a lo absurdo; así mismo, me pienso suficientemente reflexivo, con la capacidad de renovar, o no, la dimensión de mi conciencia.

---

<sup>43</sup> Camus, Albert; *El mito de Sísifo*. En breve, el mito trata de Sísifo, quien fuera condenado a realizar una tarea inútil como absurda por toda la eternidad: empujar una piedra cuesta arriba para que, una vez en la cima, volviera a caer para retomar el esfuerzo, eternamente. Camus sugiere que el mito es espejo de la condición humana, la que no tiene sentido, ni siquiera desde el referente religioso o humanístico. En su ensayo, Camus también afirma: «no vale la pena esperar el Juicio Final porque éste ocurre a diario», que lo absurdo «finaliza con la muerte» y que el absurdo «no existe fuera del contexto humano ya que el mundo es irracional».



Si analizara con un poco más de detenimiento la calavera de lo absurdo en la existencia humana y de no encontrar uno o más significados a la vida, necesariamente me estrellaría con *la alternativa* del suicidio, máxime, si no le temo a la muerte, si no poseo la fe o religiosidad necesarias, o si percibo que en el entorno que habito es imposible lograr cambios sostenidos.

Los argumentos en pro de lo absurdo insisten en las razones incompletas que la vida pareciera ofrecer; sugieren que todas las justificaciones llegan a un final, las que son, en sí mismas, pocas—lo que hace imposible justificarlas—. Círculo vicioso...

Es evidente que Camus no cree que el suicidio sea respuesta ante el sentimiento de lo absurdo; el suicidio suprime uno de los dos polos que producen el absurdo: el ser humano y el mismo mundo mundano.

El suicidio es una aceptación de la incapacidad, la que a su vez, es inconsistente con el orgullo, sentimiento al que el pensamiento camusiano apela. Su enfoque es que el absurdo es un problema tipológico que amerita solución. Al negar el suicidio, sugiere que la solución está en crear el desafío, y aunque éste no reduce el sentimiento de lo absurdo, sí da pie para ejercer la nobleza...

Los sistemas religiosos y metafísicos intentan suplir la necesidad de identificar o ayudar en la construcción de ideales, de visiones y misiones de vida a razón del sentimiento de incredulidad, por causa de una fe debilitada o, por la evidente

incapacidad de verificación ante lo inmenso de lo abstracto en nosotros, que nos distingue en esta nuestra compleja y contradictoria condición humana. El resultado final es que el mundo, no se nos revela con significado transparente, excepto, quizá al observar y sentir la naturaleza con ojos de alma y corazón de poeta; soy yo quien debo definir tales ingredientes de los que comeré todos los días. El mundo es así.<sup>44</sup>

Intuyo que para mi querido suicida, separarse de la vida fue lo único que tuvo verdadero significado. El acto como tal, fue sólo un medio. Quizá para Andrés, lo absurdo fue la percepción de que su propia vida perdiera significado; en consecuencia, sacrificó su moral personal y social.

Pienso que la falta de sentido es una secuela de no asignar esfuerzo y canalizarlo hacia derroteros alcanzables. Para el sujeto, la ausencia de significado ante sí le resulta transcendental y lo ciega, máxime cuando se está desnutrido psicológicamente en uno o más de los seis componentes del *sentimiento de valor personal*. Esa ceguera es una emoción altamente individual e íntima que no le permite visualizar posibilidades de cambio. El resultado es trabajar con el egoísmo y «anteponer su propia conveniencia a la de los demás, y sacrificar el bienestar de otros al suyo propio».\*

---

<sup>44</sup> Entiendo que algunos filósofos comprenden el absurdo y practican políticas escapistas; por ejemplo, Kaspers, da un salto desde la tenencia o posesiones materiales, a lo transcendental en la búsqueda o justificación de significados.

\* definición de egoísmo; Molinier M.; *Diccionario de uso del español*, Editorial Gredos S. A. , Madrid, 1994.



La falta de soportes lógicos y la ausencia de una oferta oportuna para darle a tal impulso una salida digna, fue, en mi opinión, el disparador que generó en Andrés el verdadero motivo para su acción. Ese «porqué» Andrés arremetió en contra de su instinto de preservación es una apreciación subjetiva; de nuevo, nada obtengo con darle rienda suelta a tales consideraciones, porque simplemente no hay respuestas claras y además, si las hubiera, ya no interesan, y menos, buscar culpables ante el uso sublime de su libre albedrío.

Me duele pensarlo inmerso en el posible agobio e incapacidad de generarle un sólo sentido nuevo a su vida durante la última etapa de su transición de joven a su vida adulta; es ese sentimiento, de pena de padre, el que me causa dolor y es ese eje, el recurso más objetivo, menos absurdo—dentro de lo ilógico—que poseo. Es obvio que la ausencia de significado, de sentido de nuevo propósito lo pudo anclar en depresión (tan de moda en esta era y con tantas excusas para, absurdamente, merecerla), la que, si la sufrió, jamás la manifestó a sus seres más allegados en la esfera social en que se movía y menos, en sus obligaciones laborales.

Los testimonios por parte de sus allegados durante sus últimos meses, días y horas, corroboran de Andrés conductas normales y más, colmadas de jocosidad y cumplimiento. Sus seres queridos jamás se percataron de su plan; es más, Andrés hizo rondas de despedida con las personas que él valoró. Despedidas, en la que sólo Dios y él sabían que eran despedidas finales. Así mismo, ocurrió con el correo

La falta de soportes lógicos y la ausencia de una oferta oportuna para darle a tal impulso una salida digna, fue, en mi opinión, el disparador que generó en Andrés el verdadero motivo para su acción. Ese «porqué» Andrés arremetió en contra de su instinto de preservación es una apreciación subjetiva; de nuevo, nada obtengo con darle rienda suelta a tales consideraciones, porque simplemente no hay respuestas claras y además, si las hubiera, ya no interesan, y menos, buscar culpables ante el uso sublime de su libre albedrío.

Me duele pensarlo inmerso en el posible agobio e incapacidad de generarle un sólo sentido nuevo a su vida durante la última etapa de su transición de joven a su vida adulta; es ese sentimiento, de pena de padre, el que me causa dolor y es ese eje, el recurso más objetivo, menos absurdo—dentro de lo ilógico—que poseo. Es obvio que la ausencia de significado, de sentido de nuevo propósito lo pudo anclar en depresión (tan de moda en esta era y con tantas excusas para, absurdamente, merecerla), la que, si la sufrió, jamás la manifestó a sus seres más allegados en la esfera social en que se movía y menos, en sus obligaciones laborales.

Los testimonios por parte de sus allegados durante sus últimos meses, días y horas, corroboran de Andrés conductas normales y más, colmadas de jocosidad y cumplimiento. Sus seres queridos jamás se percataron de su plan; es más, Andrés hizo rondas de despedida con las personas que él valoró. Despedidas, en la que sólo Dios y él sabían que eran despedidas finales. Así mismo, ocurrió con el correo



electrónico que algunas de sus almas afines recibiéramos.

Su obra, el libreto de la tragedia, el escenario y demás detalles, estaban minuciosamente calculados y predefinidos. No recibió aplauso alguno por el acto y la nostalgia es profunda para quienes verdaderamente lo conocimos.

Desde los postulados y en el mito en que Camus se apoya, considero que al pensamiento camusiano se le debe agregar la *teología*, entendiendo que tal absurdo requiere, tanto para el suicida, como para los observadores del hecho, considerar a Dios y a Su revelación histórica. ¡He ahí un enorme y colectivo significado! Sísifo se resignó, y dentro de su tarea absurda, encontró justificación a su castigo.

La compostura, la iluminación que pueda alumbrarme y la calma ayudan a compensar el deseo de retornar, por medio de los pensamientos, a un tiempo pasado en mi vida, cuando Andrés estaba con vida llena de planes y objetivos definidos.

Ante el panorama de lo absurdo, la razón y la fe son incongruentes. La segunda clama al intelecto. ¿Será que lo teológico es integrable con lo filosófico? Lo anterior me lleva a la caja pandoriana al recordar que, en tal espacio, tan sólo quedó la *esperanza*. A su vez, el sentimiento de la esperanza tiene sus primas: la fe y el amor. Tales trascendencias están adscritas al asiento del espíritu y dentro de éste, al alma, lo que exige definición, asertividad, acción con hechos. Los existencialistas como Camus, no

trabajan con esos abstractos; y si las estructuras de sus planteamientos lo permitieran, los asociarían a sus procesos de razonamiento.

El contenido filosófico, en este y quizá otros referentes claman teología. El estadio de la voluntaria, por lo absurdamente racional auto-liquidación, mucho más. Somos pocos los testigos de los hechos de la tragedia de Andrés, aparentemente amorfos de la contundente filosofía con la que obró con esperanza, en fe y amor, propios de querer abrazar su «más allá».

En este punto me otorgo el permiso de plagiar a Camus cambiando el referente filosófico por el teológico. No habría, entonces, más que *un* problema teológico verdaderamente serio: la autoliquidación cuando se *cree* en Dios. Desde tal planteamiento, el suicidio no sólo es un problema serio filosóficamente. El problema radica en comprender, desde la lente teológica por qué ocurre el suicidio para millones de Sus criaturas, hoy, ¡la cuarta causa de muertes en el mundo!<sup>45</sup>

Continúo cruzando el puente; estoy tambaleante en el pensamiento kantiano.

---

<sup>45</sup> Considero que Dios es Dueño y Señor de nuestra alma y que la vida es un regalo al individuo o, desde el referente judaico, «un depósito». Por lo tanto, el suicidio está directamente relacionado con el uso o el abuso de las posesiones de Dios, alma temporalmente albergada en una mansión corporal. Lo anterior implica que el suicidio, dentro del libre albedrío, tiene un efecto en lo eterno, en el alma inmutable. Resulta, en parte, comprensible por qué Santo Tomás de Aquino no elaboró más doctrina sobre la manera *cómo un acto físico y material altera la estructura o/ y las propiedades de algo tan etéreo como el alma, creada por Dios.*



Kant valora el suicidio como un mal porque es degradación de nuestra autoestima personal;<sup>46</sup> sitúa al sujeto en un nivel inferior al de los animales. Kant considera dos justificaciones comunes, las que rechaza.

Primero, algunos arguyen que el suicidio es permisible en términos del uso de la libertad personal—mientras que no viole los derechos de los demás—. En respuesta, Kant mantiene que la auto-preservación es la principal obligación para con nosotros mismos y que, al cuerpo podemos darle el tratamiento que deseemos siempre y cuando nuestras acciones sobrepasen los motivos o intenciones de la auto-preservación. Por ejemplo, Cato, símbolo de resistencia en contra de Cesar; cuando Cato se percata que le era imposible resistirlo, comprometía su razón de vida y desilusionaba a los defensores de la libertad.

El argumento kantiano es que, ese ejemplo no es válido por no ser un caso general en defensa del suicidio. El argumento principal es que las personas son responsables por su vida, la que tiene un valor inherente. Al suicidarse, el sujeto se deshace

---

<sup>46</sup> Lo que se denomina «auto-estima» es expresión que, para mi, no refleja la profundidad que «estima» encierra (lo que implica una impresión, objetiva, favorable de si). El *sentimiento de valor personal* vs. la auto-estima es más profundo: incluye seis componentes, que todo adulto maduro debe trabajar para mantener en equilibrio a fin de nutrir ese sentimiento: i) una relación óptima entre el yo actual y el yo ideal; ii) la conformidad de conciencia; iii) éxito en lo profesional; iv) satisfacción profunda erótico-sexual; v) agresividad controlada y vi) aceptación en la esfera social.

de su humanidad para ser considerado «una bestia». Sus argumentos los camina en terrenos de las consecuencias; si una persona es capaz suicidarse, es capaz de cualquier crimen, inferencia que no comparto—sin que Andrés sea la excepción—.

En el pensamiento kantiano «quien no respete en principio su vida no podrá contenerse de los vicios más espantosos».

Lo anterior ofende desde el referente de lo que conocí de Andrés y su enorme sensibilidad y calidad humana.

El puente sigue moviéndose con las tesis filosóficas y teológicas. Los argumentos de Santo Tomás de Aquino<sup>47</sup> contra del suicidio son los siguientes:

i) todo lo que es natural se mantiene en el ser, y por lo tanto, el suicidio va en contra la ley natural y atenta contra la caridad;

ii) cada persona es parte de una comunidad y la muerte auto-infligida le hace daño a la comunidad; y,

iii) la vida es un regalo de Dios y todos sujetos a su Poder y por lo tanto, el acto es un pecado en contra de Dios.

---

<sup>47</sup> *Suma Teológica*, ii. ii, Q. 64, A. 5. Otros: Amundsen, «*Suicide and Early Christian Values*,» en *Suicide and Euthanasia*, ed. Brody, 142-44; T. L. Beauchamp, «*Suicide in the Age of Reason*,» también en *Suicide and Euthanasia*, ed. Brody, pgs. 190-93.



En síntesis, sus apreciaciones son valoradas y continúan vigentes desde el referente religioso y secular; se centran en una plataforma que viola las siguientes obligaciones: hacia la persona, hacia los demás, hacia Dios<sup>48</sup>.

Cambio de pasamanos en el puente colgante. En una refutación famosa sobre los puntos de vista tradicionales, David Hume se identificó con algunos escritores pre-cristianos (estoicos) quienes consideraron el suicidio no sólo un acto honorable sino loable.

Desde la perspectiva de Hume, el acto es permisible si, en el balance final, añade valor al individuo o por su ausencia, produce más valor a la sociedad, que si no se lleva a cabo.<sup>49</sup>

Hume desarrolla su enfoque desde la ética tradicional del deber. Si el suicidio es inmoral, entonces irrespeta el deber para con Dios, para consigo mismo y para los demás. Sistemáticamente, trabaja cada una de las posibilidades para concluir que no tenemos tales obligaciones. El corazón de su

---

<sup>48</sup> En su *Suma Teológica*, el pensamiento tomista trabaja tres posiciones en contra de la permisibilidad del suicidio. El primero se basa en la Ley Natural o en el propósito natural de la cosas o los seres; el segundo, es utilitarista por el daño social que ocasiona; el tercero, es que lo considera como un robo a Dios, ya que somos de Su propiedad por ser guardianes de la misma. Los filósofos renacentistas y modernos tales como Montaigne, Montesquieu, y Voltaire favorecieron el suicidio en oposición de los argumentos de la Divina Providencia.

<sup>49</sup> Hume, David; *'Of Suicide'*, publicación póstuma, suprimida en 1757. Colección de cinco disertaciones que, por razones y presiones políticas, se retiró de distribución, apareciendo en 1783, siete años después de su muerte.

argumento lo enfoca en si el suicidio viola los deberes para con Dios. Sintetizo el argumento principal de Hume en contra de tal deber u obligación:

i. Existe una regla autoimpuesta por Dios en dos fuerzas de la naturaleza: las leyes físicas del mundo natural y la acción de propósito, en el reino animal;

ii. Como regla, Dios les otorgó a los seres humanos la libertad de alterar la naturaleza, en pro de su propia felicidad;

iii. El suicidio es una instancia que altera el curso de la naturaleza, en pro de nuestra felicidad;

iv. No existe una buena razón para que tal instancia sea una excepción a la regla.

v. Por lo tanto, el suicidio no constituye una violación del plan de Dios.

Hume enfatiza la cuarta premisa: una crítica válida es que la vida humana es singularmente importante. En respuesta, su argumento se basa, en que, en el contexto amplio de las cosas, nuestras vidas no son más importantes que la de una ostra.

Hume también considera la crítica expresada en el hecho de que Dios es quien determina cuándo alguien debe morir. En respuesta, mantiene que, si la determinación del momento de morir está en las Sus manos, entonces, no es bueno prolongar la vida (aún por medio de la medicina).



Otra crítica posible es que el suicidio interfiere con el orden natural de las cosas de las que Dios dispone. Arguye que nosotros construimos guaridas artificiales para protegernos de las inclemencias del clima, irrigamos desiertos, y construimos medios artificiales de transporte. Claramente, intervenimos con el orden causal natural. Los argumentos de la providencia fallan, porque no hay una diferencia entre, cambiarle el cauce al Nilo y aniquilarse. También argumenta que cuando la vida se torna insoportable, el Dios todo Amor, no evita que terminemos nuestras miserias por medio del suicidio.

Referente a que el suicidio viola nuestro deber para con nuestros congéneres, Hume presenta una serie de argumentaciones desde la reciprocidad social:

i. Cuando morimos no le hacemos un mal a la sociedad, sólo dejamos de hacerle el bien;

ii. Nuestra responsabilidad para hacer el bien está recíprocamente relacionada con el beneficio que recibimos de la sociedad;

iii. Cuando está muerto, el individuo no recibe tales beneficios;

iv. Por lo tanto, no existe la obligación de hacer el bien.

Defiende su punto de vista cuando mantiene que nadie está obligado a hacerle un bien

insignificante a la sociedad, a expensas de hacernos un mal mayor. De nuevo, utilizando el razonamiento de consecuencias, Hume argumenta que si su existencia es una carga para la sociedad, entonces el suicidio es permisible<sup>50</sup>. Para él, la mayoría de suicidas incurren en el acto por esa circunstancia.

En cuanto a si el suicidio viola el deber ante sí, Hume mantiene que todos los suicidios se llevan a cabo por sólidas razones personales. Lo anterior es evidente desde que sentimos (por lo general) temor natural a la muerte, lo que requiere un motivo igualmente poderoso para subsanarlo.

No debo cruzar el puente sin presentar los planteamientos platónicos en sus expresiones mínimas. Platón mantuvo que el suicidio constituye un acto cobarde e injusto; tal acto solo sería éticamente aceptable siempre y cuando el sujeto tuviese un carácter inmoral e incorregible, hubiese realizado una acción degradante o que hubiese perdido control de sus acciones a causa de una pena, dolor o sufrimiento profundo.<sup>51</sup>

Cruzo el puente y arribo al otro lado, tambaleante, con los estoicos, que argumentan que el individuo posee una amplia discreción para finalizar

---

<sup>50</sup> La defensa utilitaria en contra de su lógica requeriría entonces que los indigentes sociales se suicidaran. El argumento en contra establece que, en circunstancias normales, ninguna disposición que requiera el suicidio que resultara en producir más beneficio que daño para la sociedad podría ser establecida.



su vida dentro del camino y uso de su plena libertad. Así, Séneca afirma: «lo mejor que se ordena dentro de la ley eterna es que, se nos permitió una sola entrada a la vida y muchas salidas». <sup>52</sup> Los estoicos creen que el suicidio es apropiado sólo cuando el individuo pierde la habilidad de perseguir la vida que la naturaleza, dentro de su percepción, le proyectaba.

La pregunta que me asalta ante la lógica de los anteriores argumentos es: desde el referente teológico, ¿tendría suficiente fe en el mensaje salvífico de Dios, a través del alma ascendente de Andrés y así mismo, confiaría que merece Su perdón?

Por temor y amor, la respuesta es, contundentemente, afirmativa.

#### Aproximaciones Teológicas.

Los recuentos de los dioses o del dios de carácter legendario o filosófico son los que dan pie a la teología, cuyo origen se sitúa en Grecia.

En un sentido estricto (distintamente de la filosofía, la metafísica, mitología o el conocimiento natural de Dios), la teología es un campo que nace del

---

<sup>51</sup> Platón, *Leyes*, capítulo 9, 854, 873; Platón también argumenta que, en la mayoría de los casos, el suicidio representa el abandono del deber y que viola las responsabilidades asignadas por la divinidad (Platón, *Phaedo*, 62). Aristóteles en cambio, creyó que el suicidio era un acto injusto para toda la comunidad del ciudadano (Aristóteles, *Nicomachean Ethics*, capítulo. 5, 1138a).

<sup>52</sup> Referenciado por Carrick, Albert; *Suicide and Euthanasia*, p.145.

esfuerzo consciente de los cristianos por *escuchar* la revelación verbal que Dios promulga por medio de la historia para adquirir conocimientos a través de métodos escolásticos, para reflexionar sobre sus implicaciones.

La teología no *produce* revelación verbal y sí la *presupone*. De tal manera, que la teología no se distingue claramente de la revelación porque tal revelación, *en sí misma*, ya incluye procesos científicos de tipo conceptual y consiguientes proposiciones las que, en los temas de fe y de proclamación responsable, la direcciona hacia los demás, e impele hacia su desarrollo con recursos propios haciendo posible la reflexión.<sup>53</sup>

La «verdadera» teología se fundamenta en escuchar la palabra de Dios *sin distorsiones* con relación a la salvación (asunto complicado y por ser una disciplina al servicio de sí misma). Está amarrada a la interpretación de la palabra de Dios, permanentemente presente en la iglesia, la que preserva la revelación que ha percibido por medio del *magisterium* viviente (tradicción); la interpreta refiriéndose constantemente a las Sagradas Escrituras. Por lo tanto, la teología es una ciencia que *presupone la fe* (la gracia de la fe) y la Iglesia de Cristo.

---

<sup>53</sup> Rahner Karl y Vorgrimler, Herbert; *Theological Dictionary*, The Crossroads Publishing Co., New York, N.Y., 1985. Esta obra proporciona breves explicaciones de los conceptos más importantes del dogma católico moderno.



Específicamente, la teología se ocupa de la revelación cristiana. Su tema central es Dios, Quien, por Sus actos, con el ser humano—en Jesús Cristo—se revela (aquí se consideraría la Trinidad) en Su gloria—la que el hombre desconoce (misterio) y se comunica, consigo Mismo, por medio de la gracia.

El acto y el contenido de la fe cristiana (y así la fe de la Iglesia) constituyen el objeto de la teología, objeto que se investiga por medio de la *reflexión metódica*. Pareciera, entonces, que tales reflexiones, con el referente de la creencia, no le restarían su carácter científico o escolástico, ya que el compromiso absoluto puede coexistir con una actitud crítica, que no excluye nada *a priori* del ámbito de su investigación crítica.

Es factor de la vida teológica, que ésta posee su función *vis-à-vis* la Iglesia y su vida de fe.

Podría afirmar que ninguna otra ciencia (y respectivas ramas del saber) o ideología presenta semejante vacío entre la declaración y lo que declara, entre lo que expresa y lo que implica, entre lo que nos sirve de apoyo y el misterio que nos apoya. Por lo tanto, no sólo sería el derecho, sino también una «responsabilidad» de la teología, permitirme «sentir» los vacíos con aguda sensibilidad, cuando se refiere, con aparente claridad, a concepciones que producen un brillo ennegrecedor, por los misterios que encierra, y que percibo en la tenebrosa oscuridad.

CAPÍTULO 1  
¿Y no sería la filosofía similar a la teología en sus intentos de explicar lo inexplicable 'arrojando luz' sobre la oscuridad y como instrumento para percibir, en profundo abismo, debilitada luz para continuar razonando sobre la vida 'acá' o en la del 'más allá'?

Ante tal coyuntura, me percaté al mecirme en el vaivén de los vientos diurnos y nocturnos. Mi árbol, en aras de la alegoría, me permite visualizarme «rama», de la que se desprenden otras, como son los hijos que definen el árbol de mi vida o las ramas de mi rama.

Las representaciones externas a mi rama, son imágen incompleta, superficial de mi identidad, de mi personalidad, que incluye mi temperamento, el que, gracias a la savia proveniente de las raíces, me percibo con mi carácter: fuerza esencial que me define auténticamente y mediante la cual me divido con plena conciencia.

Es por esa energía vital que se me aprecia auténticamente, no sólo por las ramas mismas del mismo árbol, sino desde otros. Soy singular en el paisaje del árbol, abito mi nicho, desarrollo mi carácter y personalidad y

\* Fazlito, consciente con sus amigos que él era el hermano, con su familia, el espíritu central, es el alma de la casa, y trabaja la estructura espiritual sobre esta y merita sobre cuerpo su dominio de la voluntad (libre y personal).





## CAPITULO V: Germinando: de semilla a la planta

(La rama en busca de raíz)

Las expresiones que definen los hechos de mi vida son simbólicas; es decir, la madera que me distingue, el follaje que me arropa, las flores que me adornan y los frutos que mi rama produce. Los primeros son transitorios, frágiles, finitos. Los últimos: infinitos y lo serán menos—ante mi razón de ser—si no les asigno valor; significado; la savia es el alma. Ésta fluye desde las raíces. Las raíces son esenciales para la expresión y significado de mi ser, y de la familia a la que pertenezco.

Las representaciones externas a mi rama, son imagen incompleta, superficial de mi identidad, de mi personalidad, que incluye mi temperamento, el que, gracias a la savia proveniente de las raíces, me percibo con mi carácter: fuerza esencial que me define auténticamente y mediante la cual me diviso con plena con's'ciencia<sup>54</sup>.

Es por esa energía vital que se me aprecia auténticamente, no sólo por las demás ramas del mismo árbol, sino desde otros. Soy singular en el paisaje del barbecho de mi vida, terruño en el que crecí y en que desarrollé mi carácter, personalidad y

---

<sup>54</sup> Escribo con «s»ciencia con ese al igual que Miguel de Unamuno, para referirme al espíritu como asiento de la mente (la ciencia) y trabajo la trilogía: espíritu sobre mente y mente sobre cuerpo en dominio de la voluntad Divina y personal.



el temperamento que poseo.<sup>55</sup> Estas expresiones de mi ser son complementarias entre sí.

Me sitúo en el *carácter* de Andrés, la energía verdaderamente perdurable e imitable de mi noble joven, que contribuyó y *continúa contribuyendo* en los procesos de mi crecimiento mental y espiritual (una manifestación del tal evolución es este ensayo) a pesar de su rama desgajada. Sí, la savia de sus raíces que lo nutrieron provino, en su vida como la conocemos, de un mismo espíritu—imposible de palpar por su notable nivel de abstracción, misterio que nos mueve en el tiempo y en el destiempo de lo eterno—.

El temple espiritual que lo distinguió en su profunda honestidad, en su equidad, en su generosidad, en su espíritu de servicio; en la creatividad, en el respeto hacia quienes valoró porque fue auténtico y en la perseverancia (esta última, asevero sólo en lo que cautivó su interés), son, su savia; fortalezas reconocibles en él, las que siguen contribuyendo a elevar las conciencias de las almas del sistema de las raíces del árbol que nos sostienen. Sus singulares raíces y su savia prosiguen un rumbo; están vivas desde su «Más Allá»; esa misma energía, continúa

---

<sup>55</sup> Por carácter entiendo el agregado de rasgos y características que conforman la naturaleza e incluye las cualidades éticas y morales de un *individuo*, tales como honestidad, integridad, valor, etc. adscritas al temple espiritual. El aspecto visible del carácter es la personalidad, suma de las características físicas, mentales, emocionales y sociales de una persona. El temperamento se refiere a la forma peculiar de pensar, sentir y actuar, organización física de un individuo a su disposición natural.

alimentando mi rama y aquellas a las que le son intrínsecas.

Desde mi ramaje, busco conciliar el *ser* de Andrés en su nuevo estado, el que no puedo imaginar y mi *ser* en la memoria de él ausente y en el recuerdo, siempre presente. El tronco del árbol es el medio de estas dos energías encontradas.

Intuyo que encontraré la forma de esclarecerme entre el «yo rama» y las raíces de quien fuera una rama, independiente de mí. Admito que la borrasca cognoscitiva y emocional es saludable, ante las inclemencias a las que estoy expuesto, en las conjeturas filosóficas y teológicas. Me *conmueve* pensarlo en su pasado inmediato, antes de violentarse para desprenderse y así, el *quid* de toda la tragedia, repercute en el asiento de lo moral en su determinación de tomar la posición de no retorno.

Una de sus raíces enfermas envenenó la savia de su conciencia en contra de su temperamento optimista, idealista. Cobró más significado su empecinamiento en respeto a su triste decisión. Esa savia envenenada pesa y se canaliza en la memoria de las otras ramas de las que Andrés es parte. El proceso biológico se detuvo, pero en la fe prosigue un rumbo que tiene implicaciones y afectan su ya transformado estado *álmico*.

No tengo en dónde sostenerme; los nudos de mi propia rama no aguantan el peso de la savia que



busca alimentar una rama que desapareció. Escucho la sinfonía del agua del río en el más allá, agua que se desliza silenciosa por el subsuelo; es el nivel freático el que nutre las raíces de esta, mi rama, acompañada de otras, pero aislada, ante sí, encaramada en la copa del árbol.

Compenso los relativos niveles de ansiedad, es decir, tensiones psíquicas por causa de mis inseguridades (temores integrados con lo filosófico y teológico), aclarando que, hoy, siento dolor en otro nivel; no como antes, en el primer aniversario de su desgarramiento. Durante los primeros meses tiritaba por las bajas temperaturas de mi ignorancia. Hoy, cada amanecer, días sin estrenar, los rayos de sol me confortan y los ultravioleta me permiten verme más vestido de verde gracias a la clorofila; los días, desde que comencé a escribir, los sigo definiendo con mi acción, como la rama en busca de su raíz.

Las misteriosas raíces que creo que busco están entrelazadas, profundamente enterradas; mi rama está bien alimentada pero siento afán de nutrirme mejor con las raíces que alimentaron, en lo finito, la rama de mi rama—.

El temor sigue puesto en que la *rama desprendida de mi rama*, se encuentra abandonada, sufriendo en el último nivel del ideario de Dante; que las raíces vivas de su alma, se descomponen bajo las premisas filosóficas, teológicas y religiosas tomistas o kantianas; que la savia que dio sentido a

la rama de Andrés, no existe ante las refutaciones irreverentes al alma, pero interesantes, desde la lógica de Hume; que el absurdo mitológico y, dentro de la filosofía camusiana, su savia espiritual es inexistente, que se pertenece a la Nada de Sartre o Nietzsche; que las razones estoicas en «árbol de vida temporal» justifican el suicidio en determinadas circunstancias; todas éstas me llevan, en su conjunto, a cuestionarlas. No me satisfacen ni las unas, ni las otras. El temor está ahí. Tiemblo ante la indefinición, pero, en este caso, debo definirme. De alguna manera, me debo precisar. Contradictoriamente, mi rama está aislada y a la vez, en solitaria compañía de otras.

Sería injusto decir que no estoy acompañado por otras ramas afines y una nueva, en lo particular. Pero desde la copa, tiemblo de temor; temor del misterio denso que palpo debajo de la tierra, ya que son las raíces las que brindan ese abstracto alimento, que sosiega la mente y el alma y a la vez, causan tanta inestabilidad, irritación. Con ojos de hoja y ante las vicisitudes exógenas del árbol de vida con las otras ramas de mi rama (mis hijas) confirmo que soy, simultáneamente, rama y raíz, ante mí y mi fe en proceso de rescate, en Dios.

Rescatarme en la fe es, entre otras, una de las razones por las que comencé a escribir. Este es sólo un comienzo. Es una de las tareas que realizo como consecuencia de la muerte de Andrés, aprendiendo a escuchar el eco de mi intuición y, además, recogiendo frutos de la savia de su vida y



de la contundente despedida, como «temerariamente» insinúa Andrés en su nota final.<sup>56</sup>

En la búsqueda de la raíz me resulta útil pensar que existen comunes denominadores entre la *filosofía* y la *teología*, ciencias a las que me seguiré sujetando, en razón de los frutos que ahora producen en mi vida, ausente de los alcances que puedan tener cuando se quebrante mi rama, como consecuencia de la vejez: creo en seguir creciendo, en continuar viviendo con más posibilidades, con más significados y vislumbrarme vivo, cuando descanse en unísono con la savia que heredé de las almas hoy ausentes, en espirales cada vez más altos de consciencia.

En el proceso del tiempo que me queda, sé que debo hacer uso de mis atributos y fortalezas y exponer mis raíces al aire y que los frutos sean nutrición, se conviertan en savia para alimentar mi árbol y los otros en el entorno donde estoy sembrado.

---

<sup>56</sup> En la que me dice: Papi: «Este es el último abuso que sufrirás de mí. Los pesares que me llevo son todos los abusos y errores que yo temerariamente\* dejo para que tu los recojas. Aún me sonrío cuando pienso lo parecidos que somos; cuánto reflexiono sobre ti y cuánto me inspiraste y me mostraste acerca de cómo ser un hombre. Yo sé que no he sacado el tiempo para decirte o demostrarte cuanto te quiero y me doy cuenta que esto no comienza a compensar pero soy sincero en decir: estoy orgulloso de ser tu hijo, no hubiera podido pedir una mejor figura de padre y te quiero».

\*Temerario quiere decir: «valiente con imprudencia; atrevido en tratar a un Superior o a un Poderoso»—las mayúsculas son mías— (Ref. *Diccionario de uso del español* María Moliner, 1.ª edición, Gredos s. A., 1994).

Reconozco que las raíces que dejó Andrés siguen vivas porque son el resultado de una semilla *Divinamente* sembrada y las nuestras, con ramas en crecimiento, entrelazadas, a la intemperie (dentro de la alegoría), son, de por sí, causales de fortalecimiento espiritual. Por eso, decía que ahora creo que estoy en condiciones menos precarias emocionalmente, de explicarme mejor uno de los 'paraqués' de su partida insólita, pero generosa por su significado.

Desde esta, mi rama de vida consecuente, necesito, o mejor dicho, deseo seguir cumpliendo la misión que el Ser que me dio vida espera de mí. Lo anterior lo realizo con base en lo que yo defino de mí, con esperanza de acatar (por la revelación) el secreto o misterio de mi mismidad y la de Andrés.

Con el «desgarramiento» de una de las tres ramas, que definió y sigue definiendo mi rama, se modificó el paisaje; los cuestionamientos filosóficos y teológicos quedan algo esclarecidos. Interpretaría que el rayo de la tormenta eléctrica que, figurativamente, coadyuvó al suicidio de Andrés, fue, en parte, una consecuencia natural en su misión álmica, porque así lo decidió Andrés y así estuvo escrito.<sup>57</sup>

---

<sup>57</sup> Desde el prisma psiquiátrico y psicológico se asevera—con base en investigaciones respetables—que la mayoría de las personas en un momento u otro de sus vidas, han contemplado, o contemplarán el suicidio como una alternativa seria. Entretener tal eventualidad es motivo de incurrir en tratamiento mental aún si se *piensa* sobre la misma. Es más, en los EE.UU. el hecho de



Me resulta útil visualizar la teología en su calidad de vaso comunicante (el tronco de nuestra metáfora de la rama del árbol) entre la cristiandad y la misma ciencia teológica. Es más, la historia demuestra que la teología se piensa por medio de la luz natural, en términos filosóficos y que, lamentablemente, camina en contravía del modernismo y de tantas religiones emocionales que pululan por doquier. No así la evolución de la Iglesia, la que continua aferrada a los hechos históricos que incluyen, desde el inicio de la revelación y *la gracia*, al hombre, *al ser humano* y, no sólo a su intelecto. He ahí la verdadera naturaleza de la religión.

El verdadero creyente vive convencido de que el intelecto, la naturaleza y la historia son la creación, revelación y la propiedad de Dios; que es Dios quien representa, o es una sola verdad, fuente de todo ser y que ha producido revelación verbal e histórica para perfeccionar y exaltar Su Creación. Entonces, ¿en dónde es que no estoy, o dónde es que debo estar, ante su Divina voluntad, con la rama quebrada y cuyas raíces del bien siguen nutriendo con savia al resto de mi rama?

---

solamente pensarlo, o hablar del acto, es suficiente motivo para encarcelar a la persona. Desde la perspectiva filosófica me invade el pensamiento nietzschano: «Existe un cierto derecho por medio del cual podemos disponer de la vida de una persona pero *no existe ninguno* que lo prive de disponer de la muerte». En esencia, son muchos los intelectuales que consideran que el suicidio constituye una alternativa que hace que la vida sea más llevadera, ya que argumentan que el hecho de saber que *no tenemos que absolutamente estar aquí*, puede ser disparador positivo para que, ante tal viabilidad, aprendamos a ser más tolerantes con la vida como se nos presenta.

Necesitaré más abono para alimentar mis raíces entrelazadas con las de Andrés; más cuando un fenómeno humano, como lo es el suicidio, no está explicitado al interior de la teología, excepto en el pensamiento tomista. Sólo indirectamente está inferido a través de los eventos históricos, como parte de la Revelación en las Escrituras; es coherente de condenarlo con inclemencia cuando se circunscribe al incumplimiento de la Ley de Dios.

En las limitadas conjeturas teológicas que conozco, el criterio y el estado anímico de la víctima no se toman en consideración y más, ante la propensidad de equivocarse en su toma de decisión, y menos aún, el contexto de las circunstancias de la víctima.

Es claro, que también se me dificulta considerar que Dios desconoce el criterio con el que fue dotado cada una de sus criaturas y así, que Dios no consideró las circunstancias bajo las cuales, el alma consternada, actuaría. Menciono lo anterior, con profundo temor de pecar de soberbia al reconocer mis frágiles niveles de fe.

Necesito creer más, que el Señor en su Reino posee los medios para anticipar las circunstancias que llevarían a cualquiera de sus almitas a ofenderlo; por lo tanto, de acuerdo con la naturaleza con la que cada quien fue dotado, no las juzgará con inclemencia, sin aplicar su misericordia Divina.

El barbecho donde está sembrado mi árbol, y



en particular, mi rama y así, la rama de mi rama, está sujeta a Su dominio y ternura.

No cabe trabajar con un sistema cerrado y final de la teología, a expensas de la filosofía; hacerlo, sería confundir la teología con la teología de Dios. Quiero creer que existe un pluralismo en el mundo que sólo puede ser positivo y unificado por una fuerza mayor, Dios; ni la Iglesia con todos sus teólogos, pondría en duda que existe, por tanto, una doble verdad.

Conversamente, si la filosofía pretende lograr la maestría intelectual sobre la existencia humana— como lo viene pregonando a lo ancho y largo de la historia—, aún así, el filósofo, con sus enfoques transcendentales, debe considerar la historia de la evolución de la mente; por lo tanto, no está en condiciones de ignorar el fenómeno religioso. Este es parte de las estructuras básicas de la existencia humana.<sup>58</sup>

Una filosofía que también fuera una «filosofía de la religión» y una teología que fuera «natural», ambas, con sus profundos análisis, serían mediocres: fallarían a la hora de percibir su propio objeto. La filosofía permite «interpretar» el significado de la autodeterminación, al situarse en un plano externo, cuando explica sobre los posibles significados de la vida; por lo tanto, reflexiona «desde arriba».

---

<sup>58</sup> Aún cuando el ateísmo se presenta como la «verdadera interpretación» de la vida y por tanto, se considera, por algunos como si fuese «religión».

La teología ofrece, «desde abajo», la interpretación de la revelación salvífica por medio de las raíces, cuyo tronco me une con las demás ramas de la familia de la especie humana. La savia teológica es válida y continuará alimentando el ámbito espiritual por medio de la religión; ámbito que quisiera entender mejor, gracias a la idea y al respectivo deseo de abrazar una semilla de misericordia divina en pro de la salvación (desde el referente religioso) de mi curioso y obstinado hijo, por medio de un rescate verdaderamente profundo de mi fe<sup>59</sup>.

Quiero pensar también, que la savia espiritual de Andrés, en las misteriosas brisas de Dios, fluye, y que, por llevar a mi hijo tan cerca de mi alma y estar yo en la de él, vamos por buen camino; siento su alma paralela a la mía, por la intrinsecidad que nos distingue. Nuestra 'madera está viva', mientras prosiga hasta el final de mi temporalidad, con mis objetivos en el túnel, alumbrando mi camino espiritual con una vela que con frecuencia se apaga.

Es un hecho que, filosóficamente, mi conciencia cambió, porque, ante la ausencia física

---

<sup>59</sup> El contendiente de la teología es el ateísmo, que desconoce la religión y por lo tanto, lo que pretende significar por Dios es, sencillamente, escapismo de la idea o la fe en Él; por lo tanto, el ateísmo es una mera postura. El ateísmo es un estado patológico, procedente del refinamiento filosófico, algo así como la dispepsia o el artrismo procedentes del refinamiento gastronómico. El ateísmo no es una tendencia fundamental del hombre, sino una aberración de su tendencia fundamental, como los hombres, que por fuerza natural aprecian la vida, y a veces, la condenan. (ref. Eduardo, Ospina, S.J. *La Aguja Imantada*, de *Escritos Breves*, Tomo I; Editorial Bedout, 1951; pg. 68).



de Andrés, estoy adoptando otros sentidos de vivir mi vida mientras llego a Puerto. Es más, teológicamente me estoy sensibilizando.

Los análisis «desde arriba» (filosofía) y los «desde abajo» (teología), en lo que puedo conocer de mi rama, invitan a continuar desarrollando mi conciencia y más importante, el alma ascendente. Considero que no existe dilema de relación entre filosofía y teología; es decir, por un lado, luz que alumbra la existencia de forma reflexiva y brillo que se arroja en mi ser *álmico* en lo general, respectivamente. Por el otro, distingo entre la naturaleza y la gracia; en consecuencia, aclaro mi percepción natural del mundo, y a la vez, de Dios y de Su revelación por medio de las personas y de la Palabra. En síntesis, la teología no sólo tolera la filosofía, la necesita, porque sería insólito que la teología erigiera una estructura de la revelación y de la fe, sobre los escombros miserables del intelecto humano.

Tal distinción no opera en un vacío, en el sentido de la necesidad de definirle a la existencia un significado, que tan sólo considera follaje, flores, frutos y utilidad, amén de todas las consideraciones que de éstas se puedan lucubrar. Lo substantivo, lo contundente, está en las raíces, en la savia; es el espíritu que se nutre por medio del alma, pasajera por la vida, cuando se piensa y actúa ante las expectativas que Dios tiene de cada quien—de acuerdo a la *naturaleza* con la que fuimos infundidos.

Es natural que siga buscando la raíz.

¿Y no pertenece la historia de la filosofía a la historia de la revelación? Considero que sí; ella es socia entre la cristiandad y la teología. Es más, me parece que la historia demuestra que la teología se ha pensado en términos filosóficos y la semilla de la religión brota gracias a la revelación y a la gracia.<sup>60</sup>

Sacudí la helada de la noche invernal; el calor en mi corteza se debe a la evaporación lenta del hielo que no me permitía crecer; la savia fluye desde mi interior. Se expresa en las extremidades de mi mente y en mis sentimientos, que siguen *encontrados* entre lo que pienso y siento y lo que siento y pienso.

Alcanzo a vislumbrar las sombras de la relación general en el contexto de la historia «salvífica» y de la historia de la filosofía—la que es parte y le pertenece a la historia de la revelación (y viceversa)—; por ende, la primera es un socio fundamental.

Las posibilidades del futuro después del futuro, son enormes, tan enormes como yo las piense y las vista de fe;

Son diversas las respuestas (ideas) que se me

---

<sup>60</sup> Por la condescendencia y clemencia de Dios; la gracia es el efecto de Su clemencia (regalo supernatural) por medio de la cual Dios, en acto de misericordia misteriosa por la Divinidad, se comunica con nosotros.



ocurren ante la luz incipiente que se asoma en el oriente. Sin embargo, mi rama sigue confundida y herida, porque de ella, en el costado norte, una se desgarró por causa de las tormentas de ansiedad y desesperación solitaria, que se anclaron en la psiquis de Andrés y en el cosmos del destino, uno de los rayos le quebrantó el alma.

Cuando la revelación esclarece la dualidad entre la salvación o la condenación, es cuando me surge la imperante necesidad de ser asertivo, de evitar errores ante la Ley de Dios. Para no cometer errores es necesario trabajar con el juicio, con el criterio.<sup>61</sup> El criterio, a su vez, está relacionado, en su esencia, con la toma de decisiones—proceso mental e intuitivo que trabaja por medio de la soberana libertad de seleccionar el mejor curso de acción—a través de la reflexión. Es, en este punto que dependo de la capacidad introspectiva, la que distingue al adulto del joven, de la persona madura o inmadura, del individuo consciente y el inconsciente.

En el frágil proceso de la toma de decisión, las posibilidades de equivocación son altas; quiere decir que, ante las probabilidades de errar, surge el sentimiento de temor, el que puedo minimizar, a riesgo de equivocarme, ante los posibles escenarios, los que,

---

<sup>61</sup> Si el criterio se alimenta de la capacidad de análisis y si este, lo acompaña la gracia—en la que está puesta la fe en Dios—y de poseerla como una bendición, entonces *«el principio del saber es temer al Señor; bien inteligentes son los que así viven»* (Salmos 111.110).

de por sí, alimentan la información para ejercer la mejor elección. Es, en este punto del proceso, cuando considero que el sentimiento de temor es inversamente proporcional al sentimiento de la fe, porque la fe trabaja o está puesta en el futuro. ¿Y no presenta el futuro un ramaje de incertidumbres?

La energía de mi capacidad prospectiva está, necesariamente, puesta en el tiempo futuro. Es esa la energía que «traigo» del futuro al tiempo presente, la que puede estar sujeta a múltiples fuerzas restrictivas que, ante lo que es desconocido, pueden suceder.

La fe descansa en el criterio que poseo, el que elijo utilizar<sup>62</sup>. Tal asertividad en el uso de la fuerza de la voluntad, no me permite alimentar el semillero del temor; el temor está en mi fuero interno, en la raíz; irónicamente, se alimenta por las inseguridades propiciadas por factores externos, los que ponen en peligro mi seguridad temporal; cualquiera que sea la amenaza, esta va en vía contraria de lo que pienso que deseo. Así también, el temor a equivocarme está alimentado por dosis, conscientes o subconscientes, de prospectiva innata, caracterizada por el factor anticipatorio.

La apropiación de un imaginario positivo, necesariamente me conduce a lo que deseo. Los

---

<sup>62</sup> En el asentimiento intelectual como acto *verdadero de la fe*.



niveles de temor están representados en los errores que se pueden cometer, cuando tal proceso emocional es retroalimentado por el intelecto consciente para, nuevamente, nutrir el sentimiento inconsciente en mi fuero interior. El proceso repercute en el exterior, en mis actitudes y comportamientos. La mente nutre éstos, en unísono con los sentimientos. Las raíces del árbol aludido están a la intemperie, ahora son la copa del árbol. Desde la visual filosófica, la copa está enterrada en la tierra. El sentimiento está puesto en la fe, la fe desnuda sin follaje en mis ramas: como rama en invierno del árbol solitario buscando significado en su paisaje. Ese es el entorno en el que Andrés, sumido en la decepción decidió entregar su cuerpo.

Al auto-usurparse del árbol de vida que heredara y, como cualquier corazón abierto a creer en el alma ascendente, con la ausencia de Andrés, quedé en una orfandad *álmico-espiritual* a la inversa. Continuo cautivado por sus idearios, por él socializados en tantas oportunidades mientras se descubría y los que con ingenuidad construyó durante su juventud.

Si bien, sus ilusiones le pertenecían sólo a él, yo, en la sinergia *álmica* que nos distingue entre breve espacio de tiempo y el *destiempo* de lo eterno— además del amor natural de padre que tiene fe en su hijo—, las adopté y, sin intervenir en su realización, las hice parte de las mías: su madera, su follaje, sus flores y frutos, en potencia evolutiva, quedaron en

remojo, humedecidos por las lágrimas de ésta, mi alma pasajera, en estos rudos vientos de mi crisis humano-espiritual.

La etapa de la juventud es un misterio, el más profundamente humano, porque envuelve toda la personalidad, enigma tejido con fibras sensibles del corazón.

La juventud de Andrés fue colmada de inmensas aspiraciones de perfección y de eternidad, en su eje universal de la música y de su arte: así, entró este joven en la posesión de sus facultades a las que le dio rienda suelta. Y entonces ¿Qué encontró ese joven en la vida? La decepción por haber esperado de la vida una plenitud que llenara su aspiración.

Cuando se entra en la juventud se tiene fe en la vida, aunque la gloria, adscrita por lo general a lo mundano, esté lejos: la combinación, en el afán de componer y de arreglar musicalmente sus creaciones, con el encanto del amor que inspiraba sus escritos, la energía canalizada, fue mezcla poderosa que giró luminosamente en torno del ideario esperado, que, evidentemente se derrumbó.

La juventud de Andrés en su vida llevó, en el fuero interno de su alma, el ideal del valor de la belleza, de la estética, de la armonía, de la rima, las que canalizó a su amor de vida, porque en ella encontró la encarnación de su ideal, entregada ella



también, a sus idearios musicales. Pero todos los seres humanos tenemos pasmosa limitación. Y el desengaño viene a veces con la prontitud y la claridad del rayo; a veces, lentamente.

Como el cierzo del invierno, éste fue despojando a su rama, hoja por hoja. Lo que en primavera fue una blancura florecida, se le convirtió en una ramazón árida y desnuda. Los últimos 13 meses de su vida fueron despojando, rasgo por rasgo, y destello por destello, lo que varios años de construcción fue viviente e imperante fascinación y entusiasmo.

Ante el derrumbamiento de sus sueños, el espíritu *álmico* siente morir más de su propio ser; con impotencia inerte o desesperada, observa cómo se deshacen—sobre la tristísima palidez del crepúsculo—los últimos jirones de sus idearios colgados de su rama.

En el penúltimo correo que recibí de Andrés, remite la letra de lo que fue su última composición musical—la que no escuché, porque no la grabó (si la grabó, no la remitió). Por su mensaje, el contenido, que traduje al castellano y que le devolví con celeridad por correo electrónico, es complejo. Lo remití con felicitaciones ingenuas de mi parte, sin percatarme de su fondo; comparto su creación sentida, con la respectiva traducción:

Rumor Mill / Molino de Rumor

There is change

*Hay cambio*

And that again may change, its always by surprise

*Y éste a su vez, cambia, siempre de sorpresa*

But it rings that chord that's so familiar

*Pero tiene un timbre cuyo acorde me es tan familiar*

It's as if you wrote the very score of your soul,

*Es como si escribieras la melodía de tu propia alma*

And so revealed, you slowly slide

*Y tan revelada que, despacio te deslizas*

And slip away

*Y te escabulles*

Blown sideways

*Soplado hacia el lado*

Neither here nor there

*Ni aquí ni allá*

As if you would care

*Como si importara*

There is hope

*Hay esperanza*

Hope you hold close, or hope you give away

*Esperanza que mantienes cerca o esperanza que entregas*

Sometimes hope's a dream

*A veces la esperanza es un sueño*

Like one where you're flying and you feel that

*Como uno en el que vuelas y sientes que*

Just for once, you could believe

*Sólo por una vez, pudieras creer*

And so assured, you slowly slide

*Y estás tan seguro que te deslizas*

And slip away

*Y te escabulles*



Blown sideways  
*Soplado hacia el lado*  
Neither here nor there  
*Ni aquí ni allá*  
As if you would care  
*Como si importara*

There is love  
*Hay amor*  
Love you can swim around or, love in which you drown  
*Amor en el que se puede nadar o amor en el que te ahogas*  
It's a spiritual accord  
*Es un acuerdo espiritual*  
That ties in everyone you know  
*Que amarra a todos a quienes conoces*  
To an ever present ever growing core  
*A un presente continuo y hacia una esencia en crecimiento*

And so consumed, you slowly slide

*Y consumido, te deslizas*

And slip away

*Y te escabulles*

Blown sideways

*Soplado hacia el lado.*

Neither here nor there

*Ni aquí ni allá*

As if you would care

*Como si importara*

Although

*Sin embargo*

You do

*Haces*

You do

*Haces*

Despite the rhyme

*A pesar de la rima*

Despite your pride

*A pesar de tu orgullo*

*You do*

*Haces*

*You do*

*Haces*

*You draw upon*

*Y te apoyas (en)*

*The truth we hide*

*La verdad que ocultamos*

*You do*

*Haces*

*You do*

*Haces*

*Conventions aside*

*Convenciones al margen*

*You push on and find*

*Empujas y encuentras*

*You do*

*Haces*

*You do*

*Haces*

*You draw out and show*

*Te remueves y demuestras*

*What they don't want you to know*

*Lo que no quieren que tu sepas.*





## CAPITULO VI: Cosechando los frutos

(La savia fluye en ilusiones)

Hoy en día es alarmante el número de suicidas, cuando se compara con el número de jóvenes decepcionados, porque las grandes decepciones, pocas veces llevan a decidir por la preferencia de separarse de la rama.

Andrés estaba en la edad se convertirse en un nuevo hombre, en adulto en potencia. Pienso que como yo, en su juventud, quizo hacer la transición. Estaba en un nuevo peldaño, en el movimiento de la vida para: realizar su sueño, ser compositor e intérprete, ilusión que se le derrumbó, rápidamente; acabó distrayendo su vida y la llenó con otras prioridades y ocupaciones, por necesidad.

¿Será que esos pequeños quehaceres que ocupan la vida, aún los más elevados, como la ciencia o el arte, llenan realmente el alma mientras la ocupan?

En los momentos íntimos en los que el hombre joven se posee a sí mismo y aún, a veces, en medio del hervor vertiginoso de la vida externa, en el fondo de su razón, surge un murmullo turbador que, recordando la fugacidad de la vida, pregunta:

—¿Y el más allá?...

Un espíritu razonable no se aquietta con taponar los oídos y menos, queda suspendido el



pensamiento a esa pregunta que es la cuestión más importante para ese ser en ebullición. Es en tal instante, cuando se comprende que, ni el amor, ni la gloria estéril con las riquezas o la popularidad, satisfacen la profunda aspiración de las almas, y mucho menos, resuelven la inquietante pregunta sobre el «más allá».

Así, al cabo de todos los altibajos de la vida, el joven en transición, al apropiarse del rol de adulto, se plantea, en doble aspecto, el gran problema:

¿Qué significa la aspiración inmensa del alma, que se formula, como un hecho gigantesco en la estructura propia de la juventud, y que no logra escaparse de las triviales ocupaciones humanas?

Si todos esos pequeños quehaceres que nos acaban abrumando, no son la solución del gran problema de esta vida cuando se poseen, ¿serán una solución al otro lado de esta vida, cuando no se poseen?

Y, entonces ¿qué respuesta tenemos para el interrogante contundente de nuestra existencia, aquí y en el más allá?

¿No es en la inmadurez, una respuesta lógica, buscar el contacto con el infinito...desde la savia?

¿Y no fue eso, en ignorancia, con egoísmo, lo que hizo Andrés?

Retomo la nota de pie de página No. 42: Juventud + idealismo frustrado - apoyos emocionales = desenlace trágico.

La decepción de Andrés fue profunda y es comprensible, pero no aceptable, que no hubiera construido otras ilusiones o hubiese perseverado en las que se definió. Todos los componentes de su sentimiento de valor personal (nota de pie No. 46) quedaron desnutridos...lo que afirmo va más allá de la intuición (nota de pie No. 66).

Ese mi querido joven, siempre fascinado por lo que se escondía detrás de la máscara de la piel, dibujando desde niño calaveras jocosas y macabras, no involucró a nadie y nos involucró a todos...se escabulló íngrimo con su idea del infinito, en el más allá.

Hoy, dos años después de regresar a las raíces, como las interpreto, tales pensamientos de su *requiem* refuerzan el sentimiento de nostalgia; en ésta, tengo la habilidad de darle superior manejo a mi psicología, sin engañarme; en la verdad incompleta que tengo de Andrés, y en la mía, fijando la estabilidad de mi psiquis de la mejor manera posible.

Acaricio la nostalgia con ternura y con exigencia; me sorprendo actuando con mis desafíos diarios; mi sentido de vida está en proceso de reconstrucción *álmica* y así, respetando el significado, la obra inconclusa que Andrés produjo acá y que



marcó, con significado su temporalidad, la nutro desde la savia para alcanzarlo en su proceso ascendente.

El color que le doy a mi follaje de verde oscuro, con los frutos que continuarán brotando, los comparto desde lejos y desde cerca con Andrés, de manera completa en el alma e incompleta por las «túnicas de piel», a las que hace referencia San Agustín<sup>63</sup>.

La mortalidad no me limita a compartir con Andrés, el fuero interior de mi pensamiento: la pluma del alma. Una solución parcial que le doy en la *incomplitud* de mi rama-vida, está en la humildad: desafío que clama canalizarme en la savia deshumanizada pero, espiritualmente plena, del Andrés, realizado en el más allá por su profundo deseo de cumplir su miope voluntad. Comienzo así, por exigirme más dosis de sensibilidad y facultades caritativas, al desear ser, cada vez más, hombre de luz, gracias a él.

¿Qué padre puede negar que nuestros hijos son unos de los mejores maestros de nuestro crecimiento espiritual?

---

<sup>63</sup> Son figuras de la *mortalidad* en diferentes obras de Agustín tales como *Contra faustum*, *Retractaciones* o en los *Acta cum Felice*. En la composición de las *Confesiones* (escrito entre los años 395-397, después de su consagración episcopal), San Agustín se refiere a las túnicas en un sentido diferente: la Escritura nos ha sido comunicada por mediación de los hombres mortales, pero es ella el firmamento que se extiende por encima de nosotros como la '*piel de una tienda*' (San Agustín, *Confesiones*; versión, introducción y notas de: Francisco Montes de Oca, Ed. Porrúa, México, 1982).

Confieso que durante largos meses después de la tragedia, quedé petrificado en *una* de las más importantes razones de mi ser: no ver a mi hijo realizado, cómo ese joven se veía en este mundo: claroscuro, contradictorio para algunos, absurdo para otros, o superficial para quienes navegan en el materialismo, el que les define su razón de ser.

Estoy aquí, trepado en mi árbol, consciente de mis raíces e impactado por el rayo del destino. Preservo celosamente la idea que mi hijo sonriente y su alma viviente de ilusión quien, de más de una manera, se llevó consigo sus idearios, a ese, su otro estado, con la savia *álmica*-espiritual, alimentados desde el instante de su concepción, desde la raíz, cuando yo era igualmente ingenuo, en unión conyugal—desadvertido, de la crisis existencial que le corresponde vivir a cualquier joven—.

Las raíces provinieron del Señor, porque yo estuve compenetrado con Él en el instante fecundo de la infusión del alma de Andrés. Hoy, en su nuevo estado ascendente, las ilusiones de mi hijo, que con ahínco trabajó y fueran sus verdaderos motivos para actuar, continúan vivas, porque no creo, que le serán arbitrariamente negadas por Dios.

La energía puesta en sus idearios quedó fortalecida, porque las ideas bien intencionadas pertenecen al ámbito espiritual y son inspiradas con el alma, transformadora; esta energía inspirada, creada y canalizada no desaparece, por la manera



rápida o lenta, con dolor o sin dolor, con el que pasamos al otro estado.

La muerte física de un individuo, consciente de sus ilusiones «energetizadas» por ideales que no se le cumplieran, no dejan de transformarse. Menos así, los dones que se desarrollaron acá, los que son parte intrínseca de las ilusiones. Por eso, desatiendo el ruido del «pecado» que, por tradición, lo condena, asesinando su yo o su ser ideal ascendente, los que Andrés, por voluntad de Dios en él mismo, alcanzará en su «más allá».

La muerte por medio del suicidio fue, para Andrés, tan natural como la de cualquier ser que por cualquier otra causa muere; en cualquier circunstancia, pertenece a la naturaleza Divina, o al Plan de Dios y merecen el respeto de cualquier dogma en el ritual final.<sup>64</sup>

Me reafirmo. De cierta manera, le doy gracias

---

<sup>64</sup> Un alma en tribulación humana, en sufrimiento consciente o inconsciente, que piensa y comete el acto suicida tiene pleno derecho a un entierro digno—como cualquier criatura de Dios—en cualquier espacio (llámese cementerio), con los rituales que la tradición de la familia desee. No comulgo con el paradigma tradicional del dogma católico, que los suicidas se deben enterrar en lugar apartado de los que murieron por muerte natural, así ellos no hayan muerto en la gracia de Dios. Dejo testimonio que hoy, a bien, parte de las cenizas de Andrés están en St. Mary's Church en Virginia, en Santuario de Chiguachía en Choachí y, en un futuro, cuando yo lo considere oportuno, en una cripta sagrada en una iglesia de Bogotá. Ese mi único hijo varón, prestado biológicamente y unido a mi alma, es alma de luz porque fue bien concebido, siendo su espíritu bueno, noble y altruista y dentro de la fe, Andrés es parte de la promesa de la resurrección de los muertos porque Dios es justo (ref. pg. 42).

al Señor por haber movido a Andrés, en su libre albedrío, de las tinieblas en este «espacio inferior» al que Agustín se refiere cuando habla del mundo. Quiero creer que su abrupto traslado, así haya dejado profundas heridas en nosotros, obedeció a las leyes misteriosas de la Divina de la Providencia. En el fondo, ante lo que sucedió, mis agradecimientos a Dios obedecen, en esencia, al crecimiento que estoy experimentando...sólo Él sabe del perdón que Andrés se merece.

Hoy cobra más significado el postulado en latín que aprendí hace años—sin poder explicarme por qué me resultó importante y fácil memorizarlo—: «*Omni movet secundum modum eorum*» («Dios mueve a sus seres de acuerdo con su naturaleza»); pensamiento que en el contexto de Andrés, tiene profundo significado dentro los fines de Dios, a efectos de nuestros actos, porque éstos, están puestos en Él.

Para mi, en este acá incompleto, los frutos que germinaron en las ramitas de Andrés se trasladaron; son parte de mi progreso espiritual; los míos, en el de Andrés y ambos, temporalmente separados, son legado de nuestra ascendencia.

Exhorto esta teoría como si estuviera ausente de mi rama, sentado en la colina desde donde vislumbro nuestro árbol que percibo saludable. Observo mi rama y el espacio que, físicamente le perteneció a mi Andrés, es alma de mi rama, rama de mi alma.



Interpreto lo anterior, dentro de mi fe ignorante, la que en mi juventud adulta y en adulta juventud, en veces, fingiera no poseerla. Fe que suele ser fingida es más hipócrita que ignorante, y que, en determinadas épocas de la vida, flota en las aguas turbias de apariencias religiosas por conveniencia, en contra de la corriente del *Esse Quam Videri* («ser en vez de aparentar»).

Sin una dosis de fe, no me sería posible percibir a Andrés en la nostalgia arraigada en el «mix» de mis emociones, en ese confortante imaginario de vida después de la vida; es el todo (vida que sigue) o es la nada (muerte y nada más).

¡Binariedad inclemente! ¡Dicotomía afortunada! ¡Decisiones, bien o mal tomadas, que el Señor sabía, sabe, y sabrá, en Él, que se tomaron o tomarán! Para todas sus criaturas.

Sí, como una consecuencia del desgarramiento de Andrés, hoy soy más exigente conmigo mismo; me pienso con mayor asertividad y objetividad en la toma de decisiones; estoy más sensible sobre la fragilidad de la vida acá; más tranquilo sobre el paso hacia el estado abstracto del más allá; estoy más motivado hacia la comprensión de lo metafísico y lo religioso-espiritual, y, más confiado que, en el Verbo, está la expresión del alma trascendente, por

---

<sup>65</sup> *Op. cit* San Agustín, *Confesiones* (nota de pie de F. Montes de Oca). Pg. 234.

entender mejor las Sagradas Escrituras—antídoto de la mortalidad, inserto en la mortalidad misma—. <sup>65</sup>

Independiente de los condicionamientos religiosos, descubro que mi inclinación natural, la que me rige, es por atar cabos sueltos, por Andrés, en Dios.

Intuyo que lo cognoscitivo, lo que comprendo por racional en estos temas del alma es, mediocre, porque es incompleto y son percibidos desde lo temporal; es más, con la ayuda de la intuición<sup>66</sup> me informo y me sujeto de la revelación histórica; le asigno más valor a lo abstracto. Lo que es concebido se parece a una nube que percibo disipándose con los vientos del pasado, independientemente de las realidades de las brisas del tiempo presente.

Cuando esa nube se une con otra, la imagen de la idea quedará más tiempo guardada en la memoria; es cuando lo abstracto se fortalece, cuando es más completo, permaneciendo, irónicamente, en esa parte de mi, que es atemporal. Esas son las energías que me mueven y me permiten recorrer una distancia, medible en mi «verdadero» ser, de mi ser «real».

---

<sup>66</sup> En varias ocasiones durante este escrito me he referido a la intuición; por ella entiendo una percepción directa de la verdad, de los hechos, independiente de cualquier proceso de razonamiento; es una aprensión inmediata, luz para penetrar en una explicación de una idea que no ha sido previamente inferida. Mediante la intuición se despeja la verdad, sin previa información sobre lo percibido (*Webster's Encyclopedic Unabridged Dictionary of the English Language*, Gramercy Books, New York/Avenel, 1983).



Con esfuerzo y con la gracia de Dios desde mi rama *álmica-espiritual*, con la energía de la savia viva, preservados en los idearios de Andrés, con las intuiciones que acarician mi alma, es cuando deseo trabajar con más sensibilidad, en búsqueda de la sabiduría.

Meditando sobre lo expuesto, me parece que voy preparando el terreno para cuando a mi rama le corresponda «caer», de manera natural para ascender en una transformación, en una verdadera evolución y en un progreso espiritual ascendente.

Necesito y deseo trascender de mi árbol biológico con significados más vitales en la medida que voy deseando la luz... para seguir encontrándome en los múltiples «paraqués» de su desaparición, y a la vez, mantenerlo vivo en el recuerdo.

## Conclusiones

(Nota Final)

Andrés murió sentado en pleno invierno en un tronco mirando hacia el sur, hacia Colombia.

Seleccionó un paraje singular, bello, enfrente de una quebrada, diagonal de un árbol, ¿con las raíces al aire?... en el vasto campo histórico.

Si conozco a mi hijo Andrés, el lugar y la manera de morir tuvo, para él, un significado, así su vida no la tuviera—como es de suponer de un suicida con pleno uso de con'sciencia—.

Por las generosas líneas que Andrés redactó, intuyo que el acto fue temerario ante sí, ante su *mismidad frustrada*. Supo, con muchos meses de antemano, que la decisión era irreversible. Cumplió con su ritual, al que le compuso música que él escribiera con el alma: sin notas, sin guitarra.

Me imagino que, por por el hecho de haber sido músico y artista sensible, Andrés alcanzó a visualizar «la película de su vida»; el estruendo fue su *Requiem*.

No me resulta difícil imaginar que, ante su decisión fatalista, cientos de ideas conscientes, en blanco y negro, se amalgamaron con base en la «preprogramación» interna de apretar el gatillo...

Con dolor puedo imaginarme su respiración nerviosa y algo de temor ante lo que, hacía años



parece había considerado hacer: así también lo confesó...

Ofrecí en estas líneas información parca y si compartí lo que escribí, fue para disipar la nube negra que oscurecía mi interior. Para mí y mis dos hijas fue saludable recorrer sus últimos pasos, dos días después de su voluntaria desaparición y un año después de la tragedia. A fin de cuentas, siempre debemos afrontarlo todo.

Por pudor y respeto hacia mi hijo, omití innumerables detalles, aunque el texto que comparto supuso para mí en su redacción, un ejercicio saludable desde muchos puntos de vista.

Considero que es un acto de valor humedecerse con los hechos, con la mejor verdad posible; es necesario mirarnos y confrontar la tristeza y el dolor y observar, con detenimiento, aunque nos resulte desagradable recapitular y cuestionarnos.

Pero estos actos de valor, con el candor que los distingue, ayudan a entender un poco más, para ejercer el perdón, deseando contar con más sabiduría, fortaleza, piedad y temor de Dios.

Así me hurgué con esta Apología sobre el Alma Ascendente de mi hijo, Andrés González Samper.

Santuario de Chiguachía /  
«La Gota de Leche», Antigua Candelaria  
9 /17 de abril, 2003.



La edición consta de 1.000 ejemplares  
Los precios de Opiones Editoriales  
de 1975 en términos de impresión en papel



Ha considerado hacer, así también,

estas líneas, información para el  
pobl. Me gusta limpiar la nube negra  
de la vida. Me gusta mis dos pies por  
el mundo. Me gusta, por las

después de un momento de reflexión y un  
espuma de la tragedia. A fin de cuentas, siempre  
deberíamos afrontar la vida.

Por pudor y respeto hacia mi hijo, omito  
numerosos detalles. Aunque el texto que comparto  
supuso para mí en su redacción, un esfuerzo saludable  
desde muchos puntos de vista.

Considero que es un acto de valor  
humedecerse con los hechos, con la mejor verdad  
posible; es necesario en su tiempo y confrontar la tristeza  
y el dolor y observar, con detenimiento, aunque nos  
siente desgraciado recapitular y cuestionarnos.

Pero estos actos de valor, con el candor que  
los distingue, ayudan a entender un poco más, para  
ejercer el perdón, necesitando contar con más sabiduría,  
fortaleza, prodada, temor de Dios.

Así me surgió con esta Apología sobre el  
Alma Ascendente de mi hijo, Andrés González  
Samper.

La Rama en Busca de Raíz se terminó de imprimir en abril de  
2003, en los talleres de Opciones Gráficas Editores Ltda.  
La edición consta de 1.000 ejemplares





Estas reflexiones son la búsqueda de una afirmación sobre la inmortalidad del ser humano; el autor las trabaja desde un eje transdisciplinario, bajo el referente singular del suicidio.

Ante la pérdida de su hijo, González Duperly se formula contundentes interrogantes, entre ellos:

“¿Qué padre puede negar que nuestros hijos son unos de los mejores maestros de nuestro crecimiento espiritual?”

“¿Cómo en mi finitud, con o sin fe profunda, o superficial, puedo entender la eternidad?”

Lectura amena y profunda que entrelaza abstracciones y emociones; las exhortaciones pueden ser útiles ante la pérdida de un ser querido, por cualquier causa.



↑  
Coordenada Cero  
→  
Ciencia y Creatividad

ISBN 958-97130-4-1



9 789589 713044